



HISTORIA GENERAL DE LOS DESINFECTANTES

Y DETERMINACION DE LOS MÁS EFICACES COMO PRESERVATIVOS DE LAS ENFERMEDADES.*

La salud física del pueblo es tan importante como la salud moral.

PRELIMINARES.

IDEA GENERAL DE LOS DESINFECTANTES.

Al convocar á público certámen la Real Academia de Medicina de Madrid para dilucidar la importante cuestion de las ciencias médicas que tiene por objeto esta Memoria, da una nueva prueba de su celo y añade un mérito más á los muchos que ha contraído en favor de la ciencia, de la sociedad y de las glorias patrias. De tal importancia es el asunto que forma el objeto del tema que debatimos, que apenas existe rama del humano saber donde no tenga aplicacion, ó donde no puedan hallarse datos que nos ilustren y contribuyan á formar el extenso cuerpo de doctrina que hoy constituye su precioso é interesante estudio. La legislacion, las ciencias morales y políticas, las ciencias médicas con todos sus auxiliares, reciben el benéfico influjo del conocimiento de este punto de la higiene pública, relacionado con la química, la física, la patología y otras ramas del frondoso árbol de los conocimientos médicos.

El estudio de los desinfectantes es suficiente mencionarle para, sin gran esfuerzo, deducir la trascendencia é importancia que encierra todo cuanto con él tiene relacion. El conocimiento del aire que se respira y que sin cesar nos vivifica, pero que en ocasiones nos da la muerte por las sustancias que en él se encuentran, ó por haberse cambiado ó alterado su composicion, forma la base de toda la doctrina de los desinfectantes que vamos á desarrollar en este escrito, siempre con desconfianza en nuestras débiles fuerzas, pero con firme voluntad de considerarle bajo los variados puntos de vista que su vasta extension ofrece. Perdónese el exceso de atrevimiento en gracia de la ingenuidad con que préviamente se manifiesta la insuficiencia; declaracion tanto más espontánea, cuanto que procede del

* Trabajo premiado con el título de Socio-corresponsal por la Real Academia de Medicina.

estudio, algun tanto detenido, del asunto, en el cual hay no pocos sitios hasta donde la purísima luz de la ciencia no ha podido todavía llevar sus brillantes resplandores, y ménos puede abrigar la errónea pretension el que esto escribe de haber penetrado más allá de donde los conocimientos actuales nos han demostrado.

Empecemos por definir la palabra *desinfectante*: Merat y de Lens, autores cuya importancia en materia médica es tan grande, como lo demuestra la justísima reputacion que gozan en esta parte de las ciencias médicas, dicen que los desinfectantes son las sustancias destinadas á remediar la infeccion del aire, de los objetos, trajes ó individuos, producida por emanaciones pútridas, miasmas ó virus.

Semejante definicion tiene, á nuestro entender, dos defectos, respetando la autorizada opinion de sus inteligentes autores. El primero es la falta de claridad que resulta por no ser consecuentes con la conocida regla lógica de que jamás el objeto definido debe formar parte de la definicion. El segundo inconveniente es el de ser algun tanto abstracta, en términos de que carece de la necesaria exactitud en esta clase de conocimientos. Al decir que desinfectantes son las sustancias destinadas á remediar la infeccion del aire, producida por emanaciones, etc., no se indica la manera cómo ha de verificarse ese saneamiento, si por eliminacion de gases deletéreos, ó por la destruccion de los mismos, ó modificando la composicion del aire.

Más general es aún Miguel Levy en su *Tratado de Higiene pública*, que sin hacer mencion de la palabra *desinfectante*, incluye algunos en el capitulo de la profilaxia higiénica al tratar de la preservacion específica de las epidemias, y dice que son muy escasos los medios que existen para destruir ó neutralizar los principios morbíficos introducidos en el organismo ó constituir éste en un permanente estado de antagonismo con las influencias epidémicas. Tambien, aunque muy á la ligera, indica algun otro desinfectante al tratar de la higiene de los hospitales. Pero no da, en una palabra, la extension conveniente al estudio de los desinfectantes, ni ménos establece capitulo aparte, como, á nuestro entender, debiera hacerse en toda obra que tenga por objeto el estudio de la higiene, de esa parte integrante, no ya sólo de los conocimientos médicos, sino de los conocimientos generales de la humanidad.

Becquerel, en su excelente *Tratado elemental de Higiene pública y privada*, obra cuya favorable acogida se manifiesta en las cuatro ediciones que en breve espacio de tiempo se han dado á luz, dice que se llama, ó más bien debería llamarse, desinfectante á toda sustancia que se opone á la formación ó á la difusión de las emanaciones deletéreas ó simplemente desagradables. En esta definición se incluyen las tres maneras de obrar de estos cuerpos, es decir, impidiendo la formación de los gases deletéreos, absorbiéndoles ó descomponiéndoles químicamente, no incluyendo la ventilación, aunque algunos la califican de desinfectante, y negando este epíteto á las sustancias aromáticas, que no hacen otra cosa que ocultar los gases deletéreos, pero no por eso impiden el mayor número su perniciosa influencia.

Esta es, en nuestro concepto, la definición más exacta de los desinfectantes, pues abraza el conjunto de ideas que esta palabra comprende, dado el progreso científico actual.

No es posible asignar un determinado estado físico á los desinfectantes, pues se usan sólidos, líquidos y gaseosos, atendiendo al efecto que se trata de producir, ó á la manera de existir los miasmas ya formados ó en vía de formación.

La elección y aplicación de los desinfectantes ha de variar forzosamente, según la índole de la infección y la naturaleza de los cuerpos que se trata de desinfectar, pues en muchas ocasiones no se trata de purificar el aire, sino los vestidos, los utensilios de especie diversa, las paredes de los edificios, etc., donde variará el agente desinfectante la manera de emplearle, la forma y cantidad en que se use, etc.

Del mismo modo debe también tenerse muy presente el estado de salud de las personas que habitan los sitios infectos, pues no aplicaremos el mismo desinfectante ni en igual proporción en la alcoba de un enfermo que padezca una afección de las vías respiratorias que en la de un tifoideo, ó en la estancia de un individuo que se encuentre bajo la influencia de una lesión quirúrgica.

Sentados estos necesarios precedentes, demos principio á nuestro trabajo.

CAPÍTULO PRIMERO.

RESEÑA HISTÓRICA DEL ESTUDIO DE LOS DESINFECTANTES.

I.

La idea de la conservación de la vida es tan antigua, que no existe historia de pueblo alguno en cuyos anales no se hallen consignados preceptos higiénicos que prevengan en lo posible la alteración del equilibrio de las funciones orgánicas y que formen otros tantos diques que se opongan al acceso de las enfermedades, prefiriendo ántes el impedir que se apoderen del organismo, á presentarles

frente á frente la batalla, en la cual no siempre es fácil obtener una brillante y decisiva victoria. Así vemos á Moisés, el gran legislador del pueblo hebreo, que empieza por armonizar la religión con la higiene, á fin de dar á sus preceptos mayor autoridad, y prescribe las abluciones frecuentes, los secuestros de los contagiados, etc., donde se ve la importancia que ya se daba en tan remotos tiempos á la salud pública.

Pitágoras, el célebre filósofo de Samos, cuyos profundos conocimientos, embellecidos por una fácil y arrebatadora elocuencia, le valieron el título de fundador de una secta, hace ver en sus escritos del mismo modo que en el Instituto higiénico legislativo la gran consideración que le merecía la salud de los pueblos, base y fundamento de su prosperidad y cultura.

El gran Hipócrates, que nació cuatrocientos sesenta años ántes de la era cristiana, con razón denominado el padre de la medicina, así como también se le adjudica el título de filósofo, merece también que se le considere como higienista (1). Dejando á un lado sus escritos acerca del *pronóstico*, *aforismos*, etc., el libro que lleva por título *De aguas, aires y lugares*, sin que desconozcamos algunos de sus errores, creemos será siempre fructíferamente consultado por cuantos deseen poseer algún conocimiento de la higiene antigua. Tratando en este libro de dar una satisfactoria explicación del estado de atraso en que se hallaban las ciencias y las artes en Asia, no obstante de haber sido sus habitantes los primeros inventores de muchos conocimientos, se expresa de una manera análoga á la siguiente. Un clima benigno, igual, donde no se experimentan los abrasadores calores del estío, ni los rigurosos frios del invierno, allí donde el hombre no se halla expuesto á bruscos cambios de temperatura, que habita un suelo llano y fértil, hace uso de alimentos frugales, y se halla rodeado de instituciones civiles y religiosas que asignan á cada cual su puesto, del cual no puede salir desde que nace, todas son circunstancias á propósito para enervar la vida de los pueblos, apagar la luz de su inteligencia y concluir con su energía moral (2). Por el contrario, un suelo accidentado, un clima variable, instituciones políticas distintas, producen física y moralmente contrarios efectos.

No dejamos por esto de señalar algunos de sus errores, como el de explicar la formación de la lluvia por el choque de los vientos y la condensación del vapor de agua que existe en las nubes producida por el choque; error de tanta más consideración, cuanto que acababa de explicar la evaporación na-

(1) Monlau, *Higiene pública*.

(2) Renuart, *Historia de la medicina*.

tural, la formación de la niebla, etc., por la acción del sol, que atrae las partes ligeras del agua, y deja depositar las sales (1). Por lo demás, se estudia con fundamento la influencia que ejercen los vientos en la salud de las ciudades y el predominio de unas u otras enfermedades, según los lugares, estaciones y climas.

Aristóteles, el ilustre fundador de la escuela peripatética, que dirigió con sus consejos al gran Alejandro, supo deducir, en medio de la fuente inagotable de su creador ingenio, algunas consecuencias del libro de Hipócrates que acabamos de mencionar. Platon, que trató de explicar la formación del universo de un modo puramente hipotético, pero en armonía con su sistema filosófico, dotado de viva y ardiente imaginación, nos ha transmitido en muchas de sus obras, y muy especialmente en el *Timeo*, ideas de grande interés bajo el concepto higiénico. Sabido es que en el estudio de las ciencias, el gran discípulo de Sócrates no se atenía á la observación y á la experiencia, sino que todo era el resultado de la meditación detenida ó de la intuición mental. Partidario ya de los cinco elementos (fuego, tierra, agua, aire y éter), solía confundir muchas veces estos últimos bajo una misma denominación. Los químicos han creído ya entrever el germen de la teoría del flogisto en las siguientes palabras de Platon: «Cuando por la acción del tiempo la parte terrestre viene á desprenderse de los metales (aguas fusibles), se produce un cuerpo que se llama herumbre.»

De consiguiente, en concepto de Platon, se oxida el hierro, no porque absorba cuerpo alguno, sino porque lo pierde.

Los escritos de Plutarco demuestran que debe colocársele entre los primeros higienistas, y sus actos administrativos como gran sacerdote de Apolo acabaron de confirmar el concepto elevado que ha merecido á la historia el célebre compatriota de Píndaro y de Epaminondas.

El año 384 ántes de la era cristiana, aparece la figura del gran Aristóteles, más grande cuanto mayor es la distancia que de su época nos separa. Estagira, ciudad de Macedonia, tuvo la dicha de ser la cuna de tan colosal ingenio, gloria de la filosofía y de las ciencias médicas, que ilustró con sus consejos á uno de los hombres cuyo recuerdo abarca la humanidad entera. Fundador de la escuela llamada peripatética, cuyos principios no debemos ni podemos dilucidar en este sitio, se le considera en ciencias naturales como el creador de la anatomía comparada, y aunque ménos dialéctico, pero más naturalista que Platon (su maestro), emitió algunas ideas que tuvieron por largo tiempo aceptación y

aplauso, pero que los incesantes progresos de las ciencias han ido sucesivamente modificando ó destruyendo. Admitió además del éter cuatro elementos, ó sean el *aire*, la *tierra*, el *fuego* y el *agua*, y dió á conocer algunas ideas sobre la naturaleza del agua del mar, de la de río, de fuente, de pozo, de la causa del trueno y del relámpago, cuyo fenómeno explicó de una manera no muy distante de la opinión emitida dos mil años después por Berthollet, uno de los fundadores de la moderna química.

No debe pasarse en silencio, entre los numerosos discípulos del filósofo de Estagira, á Teofrasto, que afirma que el olor es debido á la volatilidad de los cuerpos.

II.

El pueblo romano, de imperecedera memoria, nos ofrece en sus costumbres ejemplos notables que comprueban de una manera terminante y clara el cuidado que la salud pública le inspiraba. Tales son los ediles, los baños públicos, acueductos, gimnasios, canales, etc.

Las ideas de Séneca acerca de los vientos, que dice son las ondas del aire, comparándolas con los movimientos de la superficie del mar; el modo de considerar la llama por Galeno al definirla diciendo que era un *aire inflamado*, y el conocimiento vulgar que entre los antiguos se tenía de que en algunos sitios subterráneos se apagaban las luces y corrían grave riesgo de morir asfixiados los que penetraban en ellos, nos dicen muy elocuentemente que las ideas más ó ménos exactas acerca de muchas de las cuestiones que en este sitio tratamos no son de nuestra época.

Diferentes autores, y entre ellos Plinio, hablan de grutas en que perecen los perros no bien han penetrado en ellas; de ciertos sitios que se inflaman á la aproximación de una luz; de una fuente en las cercanías de Apolonia, de la que siempre se veían salir llamas, y de los campos de Aricia, no lejos de Roma, que se incendiaban á la aproximación de un cuerpo inflamado. Todos estos fenómenos, hoy fácilmente explicables, limitábase los Romanos á mencionarlos, sin tratar por medio alguno de dar razón satisfactoria de tan extraños sucesos.

III.

En los primeros siglos del cristianismo, nos da á conocer el Evangelio máximas de las más severa higiene, á la par que grandes principios morales y religiosos, demostrando la imposibilidad de separar la pureza de costumbres de la observancia de las buenas prácticas higiénicas.

Las ciencias y las artes, sin embargo, permanecieron durante algunos siglos estacionarias. Destruído moralmente el Imperio romano y terminada

(1) Hoefler, *Historia de la química*.

su existencia con la invasion de los bárbaros, se elevó al lado de una sociedad decrepita y caduca, otra nueva llena de vida y fortaleza. Los Ostrogodos, Visigodos y Lombardos, que se dividieron el Imperio de Occidente, fueron avasallados por la civilización romana; así es que Teodorico, rey de los Ostrogodos, protegió en Italia las artes y las ciencias y elevó á las mayores dignidades del Imperio á sabios ilustres. Pero más tarde, la desmoralización, las disputas de las sectas, la poca estabilidad de los sucesores al trono, fueron la rémora de los adelantos científicos. Diocleciano perseguía á los filósofos alejandrinos glorificados por el martirio, y refiere Suidas que para castigar á los egipcios por haberse sublevado contra la legislación romana, mandó quemar todos los libros sobre alquimia, privando de esta manera á la historia de la ciencia de manantiales preciosos de riqueza. Después de Diocleciano, ocuparon exclusivamente la atención las cuestiones religiosas, y los obispos y doctores de la Iglesia ocuparon su actividad en hacer propaganda cristiana, descuidando el estudio de las ciencias profanas. Sólo nuestro San Isidoro de Sevilla, figura tan grande en la historia y de tanta honra para la historia española, reasumió á principios del siglo VIII en sus *Orígenes*, enciclopedia dividida en veinte libros, todos los conocimientos antiguos.

A Carlo-Magno cupo la gloria de haber difundido la instrucción entre las naciones bárbaras de su vasto Imperio, estableciendo escuelas en Lyon, Metz, Hirschan, y en las principales ciudades de Francia y Alemania.

Mahoma en el siglo VI, de nuestra era, cuando intentó oponer el Corán al Evangelio, no dió al olvido las reglas higiénicas, como lo prueban las prácticas religiosas que obligó á ejecutar á sus adeptos.

Las rápidas y brillantes conquistas de los fanáticos inspirados por la religión mahometana, contribuyeron á derrumbar el mal afirmado edificio del imperio de Oriente. El genio de los Árabes abrió nuevos y vastos horizontes á la ciencia, en términos que su aparición en los siglos VIII y XIII fué como un rápido meteoro en noche oscura, en las densas tinieblas en que se encontraba sumergido el resto de Europa.

Por esta época tuvo lugar el establecimiento de los monasterios (1), sitios en los que comenzaron á refugiarse las letras y las ciencias, ávidas del reposo que las turbulencias exteriores les negaban. Más tarde, las ideas religiosas adquirieron grandísima preponderancia, hasta tal punto que en la Edad

(1) El primero fué fundado por San Benito, el año 543, y de aquí procede la orden de los Benedictinos.

Media, que empieza como es sabido en el siglo IX y concluye en el descubrimiento de América con las primeras guerras del protestantismo, bastaba una palabra del Soberano Pontífice para arrancar la cuchilla de la mano del guerrero, destronar un rey é imponer severas penitencias á un emperador.

La alquimia revela sin duda alguna en este período, más que otro linaje de conocimientos, el espíritu de la época. El sinnúmero de combinaciones de sustancias que daban lugar á producción de luz y calor, de coloraciones variadas, de estados diversos, á veces causas de detonaciones, no podían menos de llamar extraordinariamente la atención de una sociedad deseosa de lo maravilloso, que creía en los seres invisibles, en el poder de los espíritus y en multitud de consejas que estaban completamente entrañadas en la inteligencia de aquellos hombres. Geber, ó Yeber, alquimista árabe del siglo IX (1), indudablemente el más célebre de la antigüedad, y acerca de cuya patria no se hallan conformes los historiadores, hizo numerosos descubrimientos y estudió varias sustancias que tienen interés bajo el punto de vista que nos ocupa. Entre las diferentes obras que escribió, merece singular mención la titulada *Alchimia Geberi*, donde expone un procedimiento para la obtención del ácido nítrico, y una modificación del mismo para la preparación del agua régia. En concepto de Hoefler, Geber ocupa en la historia de la química un puesto tan honroso y de tanta importancia como Hipócrates en la historia de la medicina.

Después de Rasis, aparece el gran Avicena, con justicia denominado el príncipe de los médicos, que dió algunas reglas preventivas contra las viruelas, estudió la botánica en las fértiles regiones de la Bactriana y dió á conocer algunos medicamentos.

IV.

Trascurrida esta época, merece particular mención Alberto el Magno, á principios del siglo XIII (2), que reunía á la par que la ciencia más vasta, la virtud más austera. Maestro de Santo Tomás de Aquino, es la expresión más enérgica de los esfuerzos intelectuales de su tiempo. Las palabras de Trithem, al decir que fué *grande en la magia natural, mayor en la filosofía y grandísimo en la teología*, reasumen perfectamente su vida y su gran genio. En su tratado de Alquimia, describe con exactitud la preparación del ácido nítrico, cuerpo importantísimo en el estudio de los desinfectantes, al cual denomina *aqua prima*, que se obtiene sometiendo á la destilación, en retorta de vidrio, dos partes de vitriolo romano, dos de nitro y una de alumbre calcinado.

(1) *Djavar Al-Kouf*, nombre árabe de Geber.

(2) Nació en 1193.

Después habla del *agua secunda*, resultante de la mezcla de una parte de sal amoníaco con cuatro partes de *agua prima*. El *agua terciá* la preparaba tratando á un calor moderado el mercurio blanco (cloruro mercurioso precipitado) con el agua segunda.

Rogerio Bacon, conocido con el sobrenombre de Doctor admirable, fué el primero que llamó la atención acerca del error del calendario Juliano relativamente al año solar. Este desgraciado, víctima de las preocupaciones de sus contemporáneos, acusado de mágico y perseguido por el fanatismo, en su epístola de *Las obras secretas del arte y de la naturaleza*, describe la composición de la pólvora; y su *Especulum alchimie* contiene preciosas indicaciones acerca de la fuerza del vapor y de las propiedades de algunos gases.

No debemos dejar de mencionar á Eck de Sulzbach, que figura en la historia del oxígeno, ni á Basilio Valentino, á quien es deudora la medicina de gran número de medicamentos antimoniales, ni ménos á Raimundo Lulio, el Doctor iluminado, gloria de nuestra patria y de la ciudad de Palma, donde vió la luz primera, y acerca de cuya curiosa y ejemplar vida no podemos tratar en este sitio. Solo nos es lícito no pasar en silencio una ligerísima reseña de sus escritos y descubrimientos, muchos de ellos de importancia no escasa para la higiene y muy en particular en el estudio de los medios de desinfección. De vastos conocimientos en los diversos ramos del humano saber, dedicó su actividad á escribir tratados sobre múltiples materias, á viajar más tarde por las diferentes partes del mundo conocido, recorriendo Montpellier, Aviñon, Paris, Roma, Nápoles, Tunez, Génova y Pisa.

En la bahía de Tunez, como expresa perfectamente un distinguido profesor que ha publicado no há mucho un trabajo bibliográfico de Raimundo Lulio (1), al dulce arrullo de las olas del Mediterráneo, brota de su imaginación la *Tabla general aplicable á todas las ciencias*. Tenemos además, entre las obras de Lulio, la *Magia química*, el *Alphabetum chemicum secretum*, *De arte magna*, *Arbor artis chemicæ*, todas de importancia é interés sumo en la historia de la ciencia.

Muchos atribuyen, aunque sin razón, á Lulio el descubrimiento del ácido nítrico, pero solamente dió á conocer un procedimiento para preparar este cuerpo, denominado por él *agua fuerte*. Consistía el indicado método en exponer á la acción del calor, en un aparato convenientemente dispuesto para recoger los vapores condensados, una mezcla de arcilla y nitro.

En resúmen, Raimundo Lulio, ensalzado á los ojos de la posteridad, á más de sus descubrimientos científicos, por el martirio que sufrió en 1315, no puede negarle la moderna química el honroso lugar que le corresponde en la historia de sus descubrimientos.

El siglo XV, con harta razón denominado de los grandes descubrimientos, como el del inmortal Guttenberg, fué la época en que regia los destinos de España el poderoso genio de Isabel la Católica, y también el que dió vida al gran Colón, que á su vez hizo que no se ocultara el sol en los dominios españoles con el descubrimiento de un mundo. Y si el continente americano dió grande importancia á nuestra nación, no proporcionó tampoco escasos recursos á la medicina con el descubrimiento de medicamentos varios, de reconocida virtud terapéutica; de manera que también la historia médica consigna en sus páginas la gloriosa etapa que inmortalizó el reinado de los monarcas católicos.

V.

El siglo XVI, de Galileo y de Newton, gigantes de la ciencia, nos presenta á Gerónimo Cardano, el cual niega que el fuego sea un elemento, sino que es sostenido por un gas especial denominado *flato*, el cual existe en el nitro. ¿No vemos en estas palabras un destello que indica un conocimiento, aunque vago, del gas oxígeno, más tarde denominado aire respirable, como agente indispensable para la vida?

Dejando á un lado las ideas de Becker y de Sthal, relativas á la desgraciada teoría del flogisto, rémora fatal al progreso de la ciencia química, refléjase en este siglo, como en los que le precedieron, la influencia general que imprimía á los conocimientos el aspecto político de la época. Sabido es que las guerras de religion fueron el principal acontecimiento en esta centuria. La reforma dogmática iniciada por Lutero y Calvino, que llevó tras sí el antagonismo y las guerras entre católicos y protestantes, no podía ménos de producir, siquiera en un principio, una tregua á las letras y las ciencias, cuyo reposo y aislamiento son incompatibles con el fragor y estruendo del combate. Pero más tarde, el libre exámen, que abrió ancho campo á la razón y á la experiencia, produjo en los conocimientos de índole experimental y física visibles adelantos, sin que tratemos de dilucidar, por no ser pertinente, si otros ramos del saber humano reportaron iguales ventajas.

De la referida época es Paracelso, que afirma la necesidad del aire para todos los seres vivientes, porque de su falta deduce que morirían asfixiados; que si la madera se quema es el aire la causa, y reasume toda la importancia del estudio del aire, al

(1) Discurso leído por el Sr. D. José Ramon de Luanco en su recepción en la Academia de Ciencias de Barcelona.

explicar la gran misión que está llamado á desempeñar en la vida física, diciendo: *el hombre muere como el fuego, cuando se le priva de aire.*

Bernardo Palissy, el modesto alfarero cuyo nombre con justicia honra la historia de la química, al tratar de las aguas, merece citarse un hecho que motivó la explicación de la existencia de las sales en el agua. Parece ser que durante las guerras de religión ocurridas en el siglo XVI, más de una vez circuló el rumor, desgraciadamente acogido por el vulgo en varias ocasiones, de que las aguas de las fuentes públicas habían sido envenenadas. Dió lugar á esta errónea creencia el gran número de casos de asfixia ocasionados por la presencia de gases irrespirables que se hallaban acumulados en el fondo de algunos pozos. La muerte tan instantánea de que eran víctimas los que á tales sitios descendían, y el no presentar lesión alguna los cadáveres de estos desgraciados, no podía menos de llamar extraordinariamente la atención de las crédulas y supersticiosas inteligencias de la Edad Media, para no tardar en atribuir el hecho á la influencia de un sutil veneno, del cual los judíos ó los alquimistas eran los inventores. Palissy explica satisfactoriamente el origen de las aguas minerales por la disolución de ciertas sales que en las entrañas de la tierra se encuentran contenidas (1).

Continuóse en el siguiente siglo, ó sea el XVII, la obra comenzada en el anterior. Al entusiasmo de muchos hombres pensadores y estudiosos, con más deseo de cultivar la ciencia que de vanidad mundana, y con el plausible objeto de comunicarse mutuamente sus descubrimientos é ideas, fueron debidas las Academias y Sociedades científicas, tan útiles al desarrollo de todo linaje de conocimientos.

Roberto Boyle define el aire, diciendo que es un fluido tenue, trasparente, compresible, dilatable, que rodea la superficie de la tierra hasta considerable altura, distinguiéndose del éter en que este refracta los rayos del sol. Por una serie de curiosos experimentos, demuestra que una parte del aire hace un papel importante en gran número de operaciones químicas, y en la misma época en que Otto de Guericke inventó la máquina neumática, verificaba Boyle notabilísimos trabajos sobre el vacío. Contestó afirmativamente á la pregunta de si podría prepararse el aire artificial, y con este objeto verificó algún trabajo práctico, así como en sus experimentos fisiológico-químicos acerca de la respiración, sigue la opinión de Drebbel y otros físicos, que sostienen que la respiración tiene por objeto purificar la sangre y separar en los pulmones una materia excrementicia. También, como Drebbel, creía que solo una parte del aire era la útil en la respiración,

pero no se atrevía, sin embargo, á defenderlo, porque no había conseguido aislar esta porción de aire eminentemente respirable.

Decía que el cardenillo y el orin del hierro debían su origen á efluvios corrosivos del aire, idea que después, más ó menos rectificadas, debía conducir al importante conocimiento de la composición de este fluido.

Por último, Boyle, en su *Historia natural de la sangre humana fuera de los vasos*, hace ver, con el auxilio del termómetro, que lo mismo en invierno que en verano permanece la sangre á una temperatura superior, dice, *al calor de la canticula.*

Angel Sala, Silvio, Juan Rey, Mayow, Bernouilli (1), Nicolás Lefebvre, Lemery y algunos otros brillaron en la ciencia química, mas en especial respecto á lo que tiene relación con el aire, hasta que el inglés Priestley descubrió el oxígeno en 1.º de Agosto de 1774, día memorable en los fastos de la química y de la fisiología, que cambió por completo la faz de estas ciencias, rutinarias y empíricas hasta entonces, sujetas desde este momento á la inflexibilidad y consecuencias del método.

De esta época data el conocimiento de la composición del aire, de la del agua, de su influencia en la vida de los seres orgánicos, de la combustión y de tantas otras cuestiones de interés vital para la higiene, para la medicina, la farmacia y todas las ciencias auxiliares. Estas ideas recogidas por las privilegiadas inteligencias de Lavoisier, el creador de la química y mártir de la exageración de las ideas políticas, del modesto y eminente Scheele, su émulo, del gran Berzelius, de imperecedero recuerdo, y de Guyton Morveau, célebre en la historia de los desinfectantes, y algunos sabios médicos á la cabecera del enfermo y con gran número de datos clínicos, han conseguido elevar los conocimientos que al tema que nos proponemos desarrollar se refieren á una gran altura.

Gran número de eminencias que en nuestros días han surgido, como son Thenard, Dumas, Liebig, Gmelin, Gerhardt, y más modernos todavía Rosé, Hoffman, Berthelot, Wurtz y Odling, pueden con orgullo citarse sin temor de que á sus predecesores desmerezcan, ántes por el contrario son otros tantos soles dispuestos á derramar luz por los senderos oscuros del extenso camino de la ciencia.

La multitud de libros de medicina, farmacia y química que sin cesar hacen gemir las prensas de todos los países, sin olvidar el nuestro, que por fortuna va colocándose en digno puesto en el concierto europeo; los periódicos, anuarios, revistas y folletos de higiene y todas sus ciencias auxiliares, son

(1) Escribió una Memoria muy notable sobre la efervescencia y la fermentación.

(1) Obras de Palissy, pág. 245.

otras tantas fuentes adonde puede acudir el que, ávido de conocer el movimiento de este linaje de estudios, desee también estar colocado al nivel de los descubrimientos recientes, donde, en muchas ocasiones, hay no poco que admirar.

Después de esta ligera reseña, pasemos á exponer en los sucesivos capítulos los detalles del propuesto tema.

CAPÍTULO II.

IDEA GENERAL DEL AIRE.—SU IMPORTANCIA PARA LA VIDA. RESPIRACION.

I.

Sucinto estudio del aire.

Necesario es ante todo dar una idea del fluido en que nos encontramos sumergidos y al cual debemos la existencia. Sabido es que Aristóteles y los discípulos de la escuela peripatética consideraron al aire como un cuerpo elemental, y después ha sido entrevista su composición con más ó ménos claridad, hasta que el inmortal Lavoisier, cuyo nombre vivirá todo lo que la humanidad, verificó en 1774 su análisis exacta, gloria que ha contribuido, aunque no por sí sola, á enaltecer el genio de tan grande hombre.

El aire es una mezcla de nitrógeno y oxígeno, con pequeñas y variables cantidades de ácido carbónico, vapor acuoso, amoníaco y sustancias orgánicas de composición complicada. Constituye la masa gaseosa que nos rodea y recibe la denominación de atmósfera. Su extensión (medida como es consiguiente en la vertical) llega á nueve y media leguas geográficas; en pequeñas masas es incoloro, pero considerado en conjunto tiene ese color azul de cielo, que se toma como tipo de comparación para designar el color de varias sustancias. Es soluble en agua en la relación de 35 centímetros cúbicos de aire por litro de agua, y no ha podido liquidarse por medio alguno.

Como excitante funcional del pulmón, es el alimento indispensable para que la respiración se efectúe. Es asimismo el que sostiene las combustiones, la fermentación, la putrefacción, la eremacausia, todos los fenómenos, en una palabra, de transformación de sustancia debidos á la acción del oxígeno.

De las análisis minuciosamente practicadas por Dumas, Boussingault, Brunner, Liebig, Berzelius, y posteriormente Will, Fresenius, Kemp y Græger, se ha determinado que la composición del aire es la siguiente:

En peso..... {23,13 de oxígeno.

{76,87 de nitrógeno.

En volúmen.. {20,8 de oxígeno.

{79,2 de nitrógeno.

Además hay vapor acuoso, ácido carbónico, amoníaco y materia orgánica.

Consideramos oportuno indicar, siquiera someramente, los medios de que los químicos se han valido para llegar á estos resultados. En primer lugar, el análisis volumétrico por medio de los eudiómetros. El que con más frecuencia se usa es el de Volta, que consiste en un tubo muy resistente, en cuyos extremos tiene dos guarniciones metálicas con una llave en cada una de ellas. Se llena de agua el eudiómetro, se introducen en él 100 divisiones de aire y 100 de hidrógeno, y después de cerradas las llaves, puesta una de las armaduras en comunicación con la tierra por un hilo metálico, se hace atravesar la chispa eléctrica y se observa que los 200 volúmenes introducidos se han convertido en 137. Han desaparecido 63 (que son de agua formada), cuya tercera parte es el oxígeno de 100 partes de aire, ó sean 21.

Mejor método es el de Brunner ó el de Dumas y Boussingault, cuyas apreciaciones no se hallan sujetas á los inconvenientes de los procedimientos del volúmen, pues sus resultados son deducidos de la balanza, siempre más exacta y no expuesta á las variaciones de temperatura tan notables en todo lo que al volúmen se refiere. El método de Brunner se funda en el aumento de peso que el fósforo fundido experimenta cuando por él atraviesa una corriente de aire para dejar su oxígeno; y el procedimiento de Dumas y Boussingault está basado asimismo en el aumento de peso del cobre enrojecido; aumento que se debe al gas oxígeno que se ha fijado en el referido metal.

La manera de apreciar el ácido carbónico y el agua en vapor es sumamente sencilla. Regnault ha ideado un aparato que consiste en un depósito lleno de agua, que hace las veces de aspirador, al cual se hallan unidos diferentes tubos en forma de U, que contienen sustancias que absorben el agua y el ácido carbónico. Se compone, pues, de un depósito aspirador con su llave; un termómetro que indica la temperatura en el interior, seis tubos en U, que contienen: cuatro, fragmentos de vidrio impregnado de ácido sulfúrico, y dos cal hidratada y húmeda. Dispuesto en la forma dicha y lleno de agua el depósito, se abre la llave, y desde este momento comiézase á producir un vacío que el aire exterior tiende á llenar, pero que le es forzoso atravesar previamente por la serie de tubos, donde quedan depositados el vapor acuoso y el ácido carbónico; el primero de estos cuerpos le absorbe el ácido sulfúrico, y el segundo la cal hidratada. El aumento de peso será el medio de terminar la resolución del problema.

Existe además el procedimiento de Pettenkofer, recomendado por el ilustre químico analizador Fresenius, que, expuesto de un modo general, está reducido á poner en contacto de un volúmen dado de aire una cantidad medida de agua de barita, cuya

fuerza alcalina se ha determinado por medio de una disolución de ácido oxálico. Sepárase después el agua de barita en una probeta, evitando el contacto con el aire; se toma una parte alícuota del líquido claro, y se determina nuevamente la proporción de barita disuelta. Restando este resultado del volumen total del agua de barita, la diferencia de las cantidades de ácido oxálico necesarias antes y después de la acción del aire sobre el agua de barita, da á conocer la cantidad de barita combinada con el ácido carbónico.

El amoníaco que en muy cortas porciones existe en el aire, se determina colocando en un tubo de bolas de Liebig ácido clorhídrico, por el cual se hace atravesar grandes cantidades de aire, cuyo amoníaco formará con el ácido clorhídrico, cloruro amónico. Trátase después con el cloruro platínico para formar el cloruro platínico-amónico y determinar por su composición la cantidad de amoníaco. Fresenius ha encontrado 0,000000133.

Hay además en el aire otros principios hidrocarbonados y sustancias orgánicas que varían extraordinariamente en cantidad y en naturaleza, según el sitio donde se practique el análisis. Así, por ejemplo, el aire de la sala de un hospital no será idéntico al de una ventilada calle ó al de un despoblado; al de una cárcel, el del interior de un buque, el de una fábrica de productos químicos, el de una sala de disección, todos tienen diversidad de cuerpos que las análisis física y química en muchos casos demuestran; y en los capítulos sucesivos de este escrito tendremos más de una ocasión de poner en evidencia esto mismo.

El hidrógeno protocarbonado es también una sustancia cuya presencia en la atmósfera han patentizado los experimentos de Saussure, Boussingault y otros diferentes químicos. La manera de hacer esta demostración consiste en colocar óxido cúprico en un tubo de porcelana y hacer atravesar por este tubo enrojecido aire que esté exento de ácido carbónico y vapor acuoso; y si contiene hidrógeno protocarbonado, al pasar por el óxido cúprico forma con su oxígeno ácido carbónico y agua, cuyas sustancias se recogen en otros tubos que contienen cloruro cálcico y cal viva.

La putrefacción y fermentación que, como después veremos, se verifican con frecuencia en el mayor número de sustancias orgánicas, son otros tantos orígenes de ácido carbónico, amoníaco y principios volátiles que aumentan el número de cuerpos contenidos en el aire. Los gérmenes orgánicos descubiertos por Pasteur pueden aislarse haciendo atravesar una gran cantidad de aire por un tubo que en uno de sus extremos contenga piroxilina ó algodón-pólvora. Disuelta después esta piroxilina en un alcohol etéreo, quedan como insolubles

los gérmenes, que el examen microscópico puede apreciar con exactitud.

La presencia del vapor acuoso en la atmósfera se halla tan evidentemente caracterizada, que el más vulgar de los experimentos basta para demostrarla. Solamente colocando hielo en una vasija esférica de cristal, se observa que el rocío condensado en sus paredes cae en forma de gotas á un frasco que sirve de recipiente.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

(Continuará).

LA EDUCACION EN TURQUÍA Y EN PERSIA.

I.

En cualquiera ciudad de Oriente que se visite, aun en las menos importantes, se está seguro de encontrar una escuela. Pero no nos apresuremos demasiado á felicitar á los orientales ni á elogiar sus progresos: las escuelas musulmanas se hallan todavía en el mismo estado que hace bastantes siglos, en la época de su institucion.

La escuela primaria está dirigida por el *chodscha*, que, armado de una caña extremadamente larga y moviéndola á compás, con la regularidad que caracteriza á los orientales, hace deletrear el alfabeto á una multitud de niños. Es un cuadro verdaderamente pintoresco el que ofrecen todos aquellos muchachos, grandes y chicos, revueltos, acurrucados sobre sus talones, y cuyos hermosos ojos negros giran alternativamente de la pared en que se hallan trazados unos gigantescos caracteres, á la boca y sobre todo al extremo de la caña del maestro; porque aquella boca les ofrece la pronunciaci6n de las letras más difíciles del *elif-be* (alfabetario), y aquella caña estimula á cada momento su atencion ó les advierte sus *lapsus*.

Todo el mundo sabe cuán complicado es el alfabeto árabe. Un punto de más ó de menos sobre una letra, cambia por completo el sentido de las palabras, y se requiere la más rigurosa atencion en los

* *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, von Hermann Vambery (Berlin, 1876).—La relación hecha por M. Vambery en *Le tour du monde* (1865) de su viaje por el Asia central, sólo contiene la parte anecdótica y geográfica de su expedición. En el libro de que aquí vamos á resumir algunos capítulos, el sabio húngaro ha tratado especialmente de describir la situación y las costumbres de la sociedad asiática. M. Vambery ha pasado algunos años en Turquía y en Persia, y se halla por lo tanto en condiciones de escribir obras de gran valor y de notable exactitud, como su *Islam en el siglo XIX* y sus *Bosques orientales*. Esta última es la de que nos hemos servido para el presente estudio.

que desean aprender á leer. Gracias al sistema de la caña, los niños musulmanes llegan á poder leer, al cabo de algunos meses, siempre en el cuadro, es decir, en la pared, los versículos del Coran, cuya recitacion es obligatoria para la oracion que se hace cinco veces al dia. Pero aquí se complica la dificultad: los niños que son de origen turaniense ó iraníense no tienen la boca organizada de manera que puedan pronunciar con facilidad los sonidos guturales y duros de una lengua semítica. Y, sin embargo, es preciso; Mahoma lo ha querido: el Coran debe ser leído y recitado en árabe, y nadie puede calcular las muecas que estos ensayos de pronunciación obligan á hacer á los escolares.

Al mismo tiempo que aprenden de memoria los versículos del Coran, desde el primer año de escuela están obligados á estudiar una especie de catecismo que se llama *Birgemi* en Turquía y *Ilmi-Hal* en Persia: es una serie de dogmas y preceptos sin fundamento ni explicacion, con los que se carga la memoria sin provecho alguno para la inteligencia. Algunos de estos preceptos, enseñados á los niños en tierna edad, constituyen hasta despropósitos y verdaderos ultrajes á la moral; se les enseña, por ejemplo, cuáles son las reglas de la union conyugal, fisiológicamente hablando, bajo el punto de vista de la ley religiosa.

La escritura no se enseña con más lógica que la lectura, la recitacion ó el catecismo; se hace perder un tiempo precioso á la juventud enseñándole la caligrafía, por más que se repita espontáneamente con el proverbio árabe que «los que escriben bien son los mentecatos.» Además se empieza por enseñar la escritura sagrada ó *neszchi*, es decir, los caracteres que se emplean en los libros; y sólo mucho tiempo despues, con frecuencia al salir de la escuela, es cuando se ven los jóvenes estudiantes iniciados en la escritura corriente y usual. Se les hace escribir la lengua sagrada, el árabe, de la que acaban por conocer á fondo la gramática y la ortografía, mientras que se descuida absolutamente la lengua vulgar. A esto se debe que los turcos, generalmente, aun los más instruidos, escriban la lengua turca de una manera incorrecta. Segun el Coran, la escritura no es útil y estimable sino como medio de conservar y propagar los preceptos y los dogmas de la religion: en otro tiempo era casi una obligacion para todo buen musulman, aun para los más elevados príncipes, escribir de su propio puño el ejemplar del Coran, de que se servían para sus lecturas piadosas, y los más devotos consideraban un deber ó un honor sacar muchas copias. Se cita un oficial de Murad IV, que, á pesar de sus grandes riquezas, se vanagloriaba de no haber atendido nunca á sus necesidades más que con los beneficios que se había procurado haciendo copias del Coran:

era un dinero sagrado el que ganaba con tal trabajo, y el alimento de tal modo adquirido debía aprovecharle doblemente.

Los orientales gustan de la pompa y la magnificencia exterior: la entrada de un niño en la escuela da lugar á una fiesta de familia; su salida, es motivo de alegrías, de fiestas solemnes y casi triunfales, lo mismo entre los pobres que entre los ricos. Cuando ha estudiado y copiado suficientemente el Coran, toda la casa se pone en movimiento para celebrarlo; se reúnen los parientes y amigos, y el discípulo, acompañado del maestro, que se envanece particularmente por aquella circunstancia, se instala ante un pupitre sobre el cual se coloca con respeto el ejemplar del Coran que él mismo ha copiado; despues se pone á leer con voz gangosa y enfática los pasajes que su maestro le designa. La reunion entera admira, se enternece y llora; se diría que el entusiasmo religioso llega á su colmo, y que el mismo Mahoma les habla por boca de aquel niño. Y sin embargo, nada de eso sucede; ni el niño ni la concurrencia comprenden una palabra de aquel texto árabe; aquellos sonidos no dicen nada al oído ni á la inteligencia del lector y de los oyentes; aquella fiesta del *chatem* es el triunfo de la fe ciega y del más impertinente fanatismo.

En ciertas escuelas, se añade á los conocimientos elementales que acabamos de mencionar, algunas nociones de física, de cosmografía y de geografía, que harían encogerse de hombros, seguramente, á los alumnos de nuestras escuelas primarias; todas esas nociones, que no han sufrido la menor variacion desde el tiempo de Mahoma, se apoyan, como es justo, en el Coran, y lanzan la más osada provocacion á los descubrimientos de la ciencia moderna.

No nos detendremos á resumir la cosmografía árabe con sus siete cielos y sus siete tierras superpuestas, con sus animales fantásticos sobre los que descansan los cimientos del mundo, etc. No tiene siquiera el mérito de ser sencilla; y su complicacion no encierra nada que hable á la imaginacion.

En cuanto á la historia, los musulmanes no sienten más que un soberano desprecio. Se considera útil dar á conocer á los jóvenes la vida más ó menos fabulosa de los profetas y de los santos, privilegiados seres que llegaron á no comer más que una aceituna al mes; tales progresos habían hecho en la vida extática. Pero la historia del mundo, la historia nacional, nada son para ellos. ¿A qué conduce saber el origen de la humanidad, el de su propia nacion, ni las hazañas de sus antepasados? Sunitas ó sdnitas, se muestran de acuerdo en este punto: que todo pasa en este mundo, y que la voluntad de Dios se cumple siempre á nuestro pesar y sin nuestro concurso; es, pues, ocioso y hasta

impío querer alumbrar el presente ó el porvenir con las luces del pasado.

Algunas familias turcas han querido en los últimos años adoptar un aire moderno y darse un barniz de civilización, cuidando más la instrucción de sus hijos; para ello los han confiado á preceptores europeos, y han creído de este modo abrir el camino á una reforma seria de la educación. Pero allí todavía se subordina todo á la forma, y el carácter oriental se descubre constantemente bajo la máscara. El autor del libro que analizamos ha desempeñado durante algunos años el cargo de preceptor en grandes casas de Turquía y de Persia: nadie puede imaginarse las tribulaciones y contrariedades á que le exponía su deseo de llenar concienzudamente su misión. Por el pronto eran los discípulos los que á cada instante le ofrecían graves obstáculos por los terribles resabios adquiridos con sus primeros maestros. No encontraba en ellos ningún interés, ningún deseo de instruirse, ningún entusiasmo por los descubrimientos de la ciencia. Todo les era indiferente ó enojoso. Su imaginación queda sumida en los sueños más vagos y absurdos. El Corán y el harem absorben alternativamente sus meditaciones. Por otra parte, las familias, los parientes, criados en la ignorancia, encuentran mal que se les inculquen nuevas ideas, y califican de pamplinas todos los conocimientos que el maestro *frenghi* ó europeo trata de inculcar á sus discípulos. Un día que M. Vambéry tuvo la ocurrencia de explicar delante de dos niños de una rica familia los fenómenos de la electricidad en su parte más sencilla y elemental, los estudiantes abandonaron su asiento como locos; corrieron al harem, y contaron á su madre y otras señoras las historias tan absurdas que el profesor extranjero había tratado de hacerles creer; aquellas señoras se horripilaron y convinieron en que el profesor era un borrico, un impío, y que el dueño de la casa que lo había buscado tendría que dar una cuenta terrible ante Dios.

Hace algunos siglos, el Asia mahometana tenía brillantes escuelas superiores ricamente dotadas por los soberanos y frecuentadas por numerosa y entusiasta juventud. Hoy la mayor parte de esas escuelas se ven arruinadas. En las Universidades de Persia y Turquía, hoy cada vez más raras, los maestros no tienen más que un corto número de oyentes formales de las clases más humildes, y que un día deben reemplazarles. El resto de los estudiantes se compone principalmente de jóvenes fanáticos é ignorantes, *talebs* ó *softas*, que son opuestos por naturaleza y por tradición á toda reforma, y cuyo papel político, tan funesto en sus países, se acentúa más cada día.

Los softas, tan pobres y miserables como torpes é ignorantes, viven de limosnas y de los modestos

auxilios que obtienen de algunas familias. A veces los soberanos les conceden subsidios, y algunas escuelas han recibido á este fin ricas dotaciones que desde hace muchos años se vienen sepultando en el abismo de las dilapidaciones públicas.

La única ambición de esos estudiantes es llegar á una posición de *chatib* (predicador), *molla* ó *cadi*; y como la ciencia es completamente superflua para llegar á ella, se contentan con la menor provisión posible, guardándose bien de estudiar ninguno de los conocimientos que juzgan inútiles.

El público, que siente menos interés todavía que ellos por la ciencia pura, no tiene siquiera la costumbre de estimular los trabajos de los sabios. Se citaba últimamente á uno de los mejores profesores de Constantinopla, que habiendo escrito una excelente obra de derecho, se vió obligado á mendigar durante muchos años algunos recursos de las familias ricas para poder publicar el libro por su cuenta.

Los estudios de las *medresses* ó universidades abrazan dos partes: la gramática y el derecho. Para la primera se limitan á profundizar la lengua y la sintaxis usuales; y para la segunda se está obligado á leer y aprender los innumerables comentarios, más bien religiosos que jurídicos, de que ha sido objeto el derecho musulmán. El Corán y la tradición, estos son las bases sobre que se funda la ciencia jurídica. ¡Y qué tradición! Solamente la obra de Al-Bochari contiene 7.275 capítulos que el estudiante debe saber de memoria, y cada uno de esos capítulos han provocado cierto número de comentarios que el verdadero sabio debe conocer tan bien como los del Corán. Pero los orientales tienen una memoria prodigiosa; y semejante tarea les asusta menos que la más pequeña operación puramente intelectual, como el razonamiento ó el análisis.

La retórica, la poesía, la geometría, la astronomía, que entre los árabes brillaron de un modo tan notable en la Edad Media, están hoy casi abandonadas en general. Lo mismo sucede respecto á la medicina. Y si los musulmanes algo instruidos se muestran todavía orgullosos de poder citar el nombre de su Ali-ben-Sina (Avicena), se guardan muy bien, cuando llega el caso, de confiar el cuidado de su salud á otros médicos que á los europeos.

Tal es el triste y desgraciadamente demasiado verdadero estado de las escuelas en el Oriente musulmán; la negligencia, apatía, el fanatismo religioso, contribuyen más cada día á hacerlo irremediable. Y sin embargo, ¡qué raza tan privilegiada la de los pueblos orientales! La naturaleza se ha mostrado pródiga en todos sus dones tanto para con ellos como para sus países. En la prontitud de concepción, la viveza de imaginación y la memoria son infinitamente superiores á los occidentales. Los turcos son, seguramente, inferiores, en este punto, á

los kurdos, á los afghanistanos, á los árabes, y sobre todo, á los persas; pero todavía sorprenden á los viajeros europeos por su inteligencia y su sagacidad. Cuando quieren tomarse la molestia de reflexionar, no les asustan las más variadas cuestiones. Son las costumbres y las leyes, la religion y la educacion las que les hacen ser indolentes y perezosos. Y no obstante su pereza, á pesar de su ignorancia, observad cómo los diplomáticos orientales se muestran casi siempre á la altura de su misión! Cuando un turco ó un persa pasa algún tiempo en París, en Lóndres, aprende, por decirlo así, instantáneamente lo que cuesta muchos años de estudios y de experiencia á nuestros compatriotas; y se presenta en estado de sostener una conversación con nuestros personajes, nuestros hombres de Estado, disimulando muy hábilmente su ignorancia en todos los casos en que carezca de conocimientos positivos.

Pero lo que falta á los pueblos de Oriente es el carácter, la firmeza, la perseverancia, sin cuyas condiciones no se puede obtener provecho alguno de las más brillantes facultades de la inteligencia. Si la naturaleza ha hecho mucho en favor de ellos, ellos apenas se cuidan de cultivar los dones con que la naturaleza les ha favorecido. El turco ó el persa, dotado de una manera excepcional desde la edad más tierna, se abandona muy pronto á los exclusivos recursos de su talento ó de su imaginación; cree haber alcanzado del primer golpe la madurez, y la decrepitud empieza para él, tanto en lo físico como en lo moral, á la edad en que nosotros comenzamos á reflexionar y perfeccionarnos. Preocupado únicamente del carácter exterior y pasajero de todas las cosas, no piensa absolutamente en averiguar la razón ó la causa de los objetos; se entrega por completo á la contemplación pasiva y al formalismo.

En cuestión de ciencia, se limita á estudiar la lengua; en materia de religion, á observar las prácticas exteriores del Coran. Para él la belleza literaria no consiste en el sentido y en la idea, sino en la acumulación de palabras, generalmente enfáticas y sonoras, que halagan su oído é impresionan su imaginación, dejándole embargada la inteligencia. No llega nunca, ó llega muy tarde, á buscar un significado, un sentido en toda aquella fraseología mística y poética. Hasta el conocimiento de su propia lengua es para él un problema insoluble; y al musulmán realmente instruido le cuesta trabajo rasgar el velo alegórico en que se hallan envueltas la mayor parte de las palabras que la tradición ó el uso le enseñan.

¡Cómo extrañar que no trate de buscar otra ciencia, y que la masa del pueblo en aquellas regiones se vea aún tan alejada de toda cultura intelectual!

II.

Antes de terminar, hablemos un poco, siempre con referencia á M. Vambéry, de la clase llamada bien criada; de los orientales que reciben una educación más literaria y refinada. En estos, más que en los otros, veremos aparecer el defecto capital de la civilización musulmana, ese estrecho formalismo que neutraliza ó destruye las brillantes cualidades de una de las razas mejor dotadas del mundo.

La política más exagerada, la más meticulosa, es el primer signo por el cual se reconoce entre los orientales un hombre bien educado. Pero así como entre nosotros la política tiende ó debe tender cada vez más á ser la expresión de nuestros verdaderos sentimientos, así en todo el Oriente degenera en una intolerable hipocresía. Las fórmulas más raras y más excéntricas sirven para disimular la indiferencia ó el aborrecimiento. Este defecto lo tienen también las gentes del pueblo, porque quieren pasar por lo que no son, por personas de buen tono; y en esto es en lo que más fácilmente pueden parecerse á los grandes.

Nada hay más cómico que ver á dos campesinos de Persia, por ejemplo, cambiar, cuando se encuentran, saludos, cumplimientos y toda clase de preguntas corteses ó atentas. Hay allí un código del ceremonial, al que no faltan ni aun los mendigos andrajosos. Tan extremada costumbre hace recordar los cargos que el Misántropo dirigía, hace dos siglos, á su amigo Philuto:

«Os veo hacer á un hombre mil cumplidos,

Grandes protestas de amistad constante,

Toda clase de honores distinguidos,

Colmarle de atenciones... Y no obstante,

Si os pregunto después quién es ese hombre,

No me sabéis decir siquiera el nombre.»

Pero ni la exagerada política del tiempo de Luis XIV se podría comparar á la que se usa en la sociedad distinguida de Oriente, que ha llegado á tomar proporciones verdaderamente fantásticas. Por ejemplo, hay un viejo proverbio que dice: «El que pronuncia la palabra *yo* emplea el lenguaje del diablo.» Pues bien, se ha suprimido el *yo* en la conversación, reemplazándole con las frases de *vuestro esclavo* ó *vuestro servidor*; mas se temería ofender á su interlocutor llamándole *vos*, y se le da el nombre de *vuestra alta señoría* ó *vuestra ilustre personalidad*. O bien se da otro giro á la frase, y para dar á entender que os han visto en el teatro, dirán con tanta galantería como respeto: «Vuestro esclavo vió ayer el polvo de vuestros piés en el teatro.»

Este *polvo de los piés* es una de las fórmulas más distinguidas que se puede emplear entre gente bien

educada. ¡Cuántas ceremonias para saludar ó devolver el saludo á una persona que se encuentra en la calle! Lo primero es inclinarse más ó menos, despues llevarse la mano derecha del corazon á la boca y de la boca á lo alto de la cabeza; en ciertas comarcas de la Persia, cuando se saluda á un superior, se tiene cuidado de volver la cabeza y presentar el cuello, manera significativa de decir que vuestra vida está á su disposicion.

La misma exageracion se encuentra en el estilo de las cartas y de los billetes más insignificantes ó más íntimos. Se pone á contribucion las más atrevidas metáforas, se echa mano de las más brillantes flores retóricas para invitarnos á comer ó á dar un paseo.

En vez de ofrecer aquí algunas muestras de ese estilo ampuloso, preferimos terminar bosquejando el retrato del musulman bien educado.

Dos tipos hay: el oriental puño, refinado por la cultura exclusivamente asiática, y el oriental modificado por la cultura europea. El primero se encuentra sobre todo en Persia, y el segundo con preferencia en Constantinopla.

El primero, coquetamente envuelto en su flotante bata de fino tisú de pelo de camello, con la cabeza cubierta por un turbante de estudiados pliegues, está acurrucado sobre un rico tapiz, teniendo buen cuidado de ocultar los piés, esa parte del cuerpo que la etiqueta oriental prohíbe absolutamente dejar ver. Sus ojos, fijos en el suelo, no revelan ninguna emocion, ningun pensamiento, ninguna inclinacion; su voz, cuando habla, tiene modulaciones suaves y correctas, estudiadas y preparadas con detenimiento. Es un hombre de mundo, con ribetes de sabio; posee á fondo la teología y la literatura; su memoria, laboriosamente ejercitada en la escuela, es tal que puede recitaros el más extenso poema con solo leerlo dos ó tres veces. Entre los persas bien educados es costumbre recitar las obras de sus poetas, en lugar de leerlas como nosotros. ¡Y cuántas precauciones toman para recitarlas bien! Se trata de representar sus imágenes, de interpretar sus pensamientos, no por el gesto y la declamacion, sino por una especie de armonía imitativa y por inflexiones de voz que parecerian muy raras en Occidente. Para decir, por ejemplo, tal ó cual pasaje en que se hace referencia á una tocata de flauta, el *recitador* debe imitar con su voz el sonido de dicho instrumento; para tal otro en que se habla de la tormenta debe emplear las notas más cavernosas y más rugientes que puede producir una laringe humana. Y todo esto, por supuesto, con la solemne gravedad que caracteriza á los orientales. En ocasiones es también poeta, pero su vena poética apenas está alimentada más que por reminiscencias. En cambio, no se precia de conocer la historia, y se limita á re-

ferir, bajo una forma más ó menos poética, anécdotas generalmente fabulosas sobre sucesos ó sobre personajes muy antiguos y hasta completamente problemáticos. Lo que más carácter da á este hombre de mundo, ó, por mejor decir, lo que más imprime en él el sello de una esmerada educacion, es su conocimiento de la música. Canta con gusto, como todos sus semejantes; pero es imposible para un europeo juzgar con imparcialidad la música persa, tan diferente de la nuestra, á la que no puede acostumbrarse ni aún despues de una larga permanencia en aquel país.

El otro personaje es el turco ó el *effendi* (1) civilizado á la europea, que no tiene casi nada del asiático ni del musulman; es un producto híbrido del Asia y de la Europa, que al tratar de disimular su origen, solo consigue acentuar más sus defectos nativos. Se encuentra incómodo en su traje, cuyo elegante corte revela la primera tijera de los primeros sastres de Paris; sus piés, que no se toma el trabajo de ocultar, como hace el gran señor de Ispahan, van aprisionados en botas charoladas que parecen molestarle extraordinariamente; sus cabellos, cortados á la última moda, apenas se ven cubiertos por el fez, prenda moderna que en nada recuerda el turbante de los bravos conquistadores de Constantinopla; y sus manos, encerradas con dificultad en lustrados guantes del color más delicado. Nada en su exterior y en sus maneras revela al musulman, exceptuando su postura, muy incómoda por cierto, sobre el divan, donde se ve obligado á sentarse con las piernas cruzadas para no parecerse demasiado á los europeos á quienes copia.

Su incesante movilidad prueba cuánto le fatiga y molesta esa postura.

Pero si un *effendi* cualquiera, joven aún y con aspiraciones, afecta así las apariencias de los europeos, no creáis que haya modificado por eso su manera de ser, sus ideas y sus preocupaciones. Sabe que el Gobierno protege desde hace algun tiempo á los que entran en la escuela de Europa, y como quiere hacer carrera en la administracion ó en la diplomacia, procura pasar por un hombre de progreso. Pero en el fondo, sigue siendo tan apático é ignorante como los turcos de la antigua escuela.

Desconoce la historia, la geografía, las ciencias, y hasta la literatura de su país. Sabe algunas palabras francesas que á cada momento desfigura, y deja amontonar sobre su mesa los libros recientemente publicados en Paris, de los que muchas veces ni el título ha leído. Concorre de vez en cuan-

(1) Título que dan los otomanos á los que están revestidos con la autoridad civil, y á los letrados y literatos.

do al teatro francés de Pera (1), pero prefiere, interiormente, las groseras farsas que hacían las delicias de sus padres.

Tal es ese raro conjunto, ó, mejor dicho, esa grotesca superposición de dos naturalezas y dos civilizaciones tan distintas, mucho más chocante á nuestros ojos que la decadencia intelectual de los orientales que han permanecido fieles á sus antiguas tradiciones.

El persa atrasado, hostil á toda innovacion, es la última y más pálida expresion del islamismo.

El turco que afecta hallarse civilizado solo es la caricatura.

E. HALLBERG.

LA POESÍA HORACIANA EN CASTILLA.

(Continuacion.)

VIII.

Tambien la escuela libre, y española por antonomasia, pagó tributo á Horacio en los versos de Lope de Vega. Dejó este portentoso ingenio buen número de epístolas sobre asuntos morales y literarios, un poema didáctico, y algunas composiciones líricas en que se descubre la huella del poeta romano. No ha debido su celebridad á nada de esto; pero aquí es lugar oportuno de inventariar esas joyas perdidas y olvidadas de su tesoro poético. La edicion de Sancha contiene unas veinte epístolas dirigidas á varios amigos suyos, cuales fueron Baltasar Elisio de Medinilla, Rioja, Gaspar de Barrionuevo, Juan Pablo Bonat, D. Francisco de la Cueva y Silva, Vander-Hammen, Herrera Maldonado, D. Antonio de Mendoza, el Dr. Matías de Porras, Arguijo, Fray Plácido de Tosantos, y algunos más. La imitacion horaciana no pasa del género, pues en lo demás procede Lope con independencia absoluta. Tienen todas estas composiciones un carácter personal é íntimo, encierran datos preciosos para la vida del autor y la historia literaria de su siglo, aluden siempre á sucesos contemporáneos, y son, por tal concepto, muy importantes. Escritas, en su mayor número, sin afectacion y con abandono, dan materia de agradable lectura y motivo á curiosas indagaciones. No es menor su mérito poético; admiran la fluidez y generosa abundancia con que salían de la pluma de Lope los tercetos. Fáltanle la doctrina y el severo magisterio de los Argensolas y de Fernandez de Andrada; fáltanle vigor cuando reprende y gravedad cuando aconseja; pero ¿quién le iguala

cuando narra ó describe, siguiendo los impulsos de su genialidad y el caprichoso vuelo de su pluma? Apénas hay cosa más tierna en castellano que la epístola en que refiere la profesion religiosa de su hija Marcela:

Allí postrada en el sagrado suelo,
Sus exéquias penúltimas cantaron;
Tan triste al mundo, cuanto alegre al cielo...

Con qué gracia satiriza al culteranismo; siempre que le viene á mano:

No habeis de decir bien de Garcilasso,
Ni hablar palabra que en romance seá;
Sinó latinizando á cada paso...

Que á fe, doctor, que no estudiéis de balde
Si encajais de Marcial la chanzoneta.

—¿No teneis á Escaligero? Compralde

Presumid por momentos de latino,
Y aunque de Horacio están las obras todas
Más claras que en seis lenguas Calepino,
Traducireis alguna de sus odas,
Pero advertid que está en romance triste...

Decid la propiedad del ametiste
Si Plinio traducido os la enseñara...

Y advertid que el vocablo se entremeta,
Verbi gratia: *Boato, asunto, activo,*

Recalcitrar, morigerar, sele la,

Terso, culto, embrion, correlativo,

Reciproco, concreto, abstracto, diablo,

Épico, garipundio y positivo.

Jugareis por instantes del vocablo,
Como decir, si se mudó en ausencia,

Ya no es mujer estable, sino establo...

(Al Dr. Gregorio de Angulo.)

¿Quién no recuerda las discretas narraciones biográficas de la égloga *A Claudio* y de la epístola *A Amarilis indiana* (1):

Tiene su silla en la bordada alfombra
De Castilla el valor de la Montaña,
Que el valle de Carriedo España nombra.

Allí otro tiempo se cifraba España,
Allí tuve principio, mas ¿qué importa

Nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta,

Vino mi padre del solar de Vega:
Así á los pobres la nobleza exhorta...

En la epístola á Fr. Plácido de Tosantos razona

(1) Es un absurdo identificar á esta poetisa americana con doña Marta de Nevaros y Santoyo, como lo hace el imprudente editor de *Los últimos amores de Lope*.

(1) Arrabal de Constantinopla que habitan los francos y los cristianos.

Véanse los números 176 y 177, págs. 37 y 68.

sobre-estética, y trata del modo de escribir la historia. En *El Jardín*, dirigido á Rioja, hace amena enumeracion y elogio en breves frases de muchos escritores sus contemporáneos. Escribiendo al contador Gaspar de Barrionuevo, quéjase de sus émulos, y de los malos impresores, que confundían y estragaban sus comedias. Lástima que alguna de estas cartas, como la enderezada al conde de Lemos, sean memoriales poco disfrazados y repugnantes adulaciones. No escribía así Bartolomé Leonardo. Poco diré del *Arte nuevo de hacer comedias*, curiosa poética en que Lope, con ménos decision que Juan de la Cueva, quiso, no justificar, sino disculpar de la manera que es sabido su gloria dramática. Por lo demas, parte, como todos, de la *Poética* de Aristóteles, y admite el principio de la *mimesis*. Con el *naturalismo* justifica la mezcla de lo cómico y lo trágico; pero en lo restante acude á confesiones y arrepentimientos que sin duda él no tomaba (y hacía muy bien) por lo serio, pues acaba diciendo que *sustenta lo que escribió*:

Porque á veces lo que es contra lo justo,
Por la misma razon deleita el gusto.

Algunos coros de *La Dorotea* son horacianos. El del primer acto está en versos dodecasílabos que Lope, no sé por qué razon, llama *sáficoadónicos*:

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡Oh cuántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años...

En oposicion á este *coro de amor*, hay en el segundo acto un *coro de interes*, en versos que el autor apellida *dímetros yámbicos*, y son eptasílabos esdrújulos:

Amor, tus fuerzas rígidas
Cobardes son y débiles...

ensayo digno de recordarse, porque continúa la tradicion de Jerónimo Bermudez y Francisco de la Torre

El *coro de celos* en el tercer acto está, segun quiere Lope, en *dícolos distrofos*, ó sean estrofas de dos versos pareados, eptasílabo el primero y endecasílabo el otro.

Con el nombre de *endecasílabos faleucios* bautizó el Fénix de los Ingenios á los versos de su *coro de venganza*:

Quien ofendido vuelve á verse amado
Cuán fácilmente lo que quiso olvida,
Fingiendo que ama hasta quedar vengado
Con falso gusto y voluntad fingida.
Tenga quien agravió justos recelos
Y nunca mire el alma por los labios,
Que amistades son dulces sobre celos,
Pero siempre fingidas sobre agravios...

Estos cuartetos de rima cruzada fueron siempre poco usados por nuestros poetas clásicos.

Las hermosas *barquillas* de Lope no son poesía horaciana, pero el pensamiento alegórico está tomado de la *Nave* de Horacio.

Entre todas las líricas de Lope descuella su cancion *A la libertad*, que tiene el carácter de oda moral, y es, en parte, imitacion del *Beatus ille*. Con ella termina el libro I de la *Arcadia*. Queda mencionada en otra parte una imitacion más directa de esa oda, inserta en los *Pastores de Belén*. No recuerdo ninguna otra pieza suya bastante horaciana, aunque es seguro que hay muchos rasgos esparcidos en la innumerable grey de sus canciones, y en sus sonetos, que se cuentan por centenares.

Lope, como lírico, no fundó escuela ni tuvo discípulos, á despecho de su fecundidad prodigiosa y alto ingenio. Nunca se presentó como innovador en este campo: acataba y seguía la tradicion literaria del siglo XVI, é hizo églogas, canciones, elegías, epístolas, sonetos, silvas, en mayor número que todos los poetas de aquella edad juntos. Pero no era esa su principal *vocacion*, y así debió comprenderlo la *generacion* literaria por él educada, puesto que se limitó á hacer comedias y romances, siguiendo sólo en este punto á su admirable modelo. Coincidió con el mayor brillo de la escuela teatral de Lope la aparicion del culteranismo de Góngora, que empezando por convertir el campo de las letras en campo de Agramante, acabó por sobreponerse á todas las escuelas líricas de la Península, matando á unas y trasformando ó desquiciando á otras. Sobre las ruinas de todas se alzó un sistema poético, no absolutamente censurable, pero nada horaciano, que dominó hasta muy entrado el siglo XVIII. Dejemos pasar *la invasion de los bárbaros*, y digamos cuatro palabras de ciertos espíritus independientes ó rezagados que en el siglo XVII conservaron algo del espíritu ó de la forma horaciana.

Error fuera contar entre ellos á Quevedo. Aquel gigante espíritu no pertenece á ninguna escuela, forma campo aparte, y si en las ideas tiene algo de todos, porque fué un gran removedor de ideas, en el estilo no se asemeja á nadie.

Los ingenios que en algo se le parecen son de temple muy distinto del de Horacio. La moral de sus tratados es rígida é inexorable como la de Sé-

neca ó Epicteto; sus *sermones estóicos* recuerdan los de Persio; su sátira ardiente, cruda y sin velo reproduce las tempestades de Juvenal; los cuadros picarescos diríanse hijos de la pluma de Petronio; los *Sueños* son fantasías aristofanescas más bien que imitaciones de Luciano. Pero el estilo no es de Séneca, ni de Epicteto, ni de Persio, ni de Juvenal, ni de Aristófanes, ni de Petronio; es un estilo aparte en que las palabras parece que están animadas y hieren siempre con espada de dos filos, en que las frases saltan, corren, juegan y tropiezan unas en otras, produciendo con su infernal y discordante algarabía, con sus bruscos finales y rápidas caídas, y sus tránsitos continuos de la amargura velada en risa á la risa horriblemente amarga, un efecto singular y extraño que no se confunde con el producido por ninguna obra de la literatura antigua ni de la moderna. Por lo que ahora importa, diré que en las *sátiras, silvas, sonetos y canciones* esparcidas en las *Musas* de Quevedo, he hallado algunos rasgos de Horacio, pero no una composición que remotamente pueda llamarse horaciana, ni aún las que versan sobre asuntos tratados por el Venusino, como las invectivas al oro y á la navegacion.

Ocasión he tenido de citar en el curso de esta Memoria alguna de las novelas pastoriles que en nuestra edad de oro se compusieron á imitación de la *Arcadia* de Sanázaro (1). Una de las últimas obras de este género, y bastante mediana en él, aunque bien escrita, fué *La constante Amarilis*, del doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, ingenio docto y agudo, si bien procaz y presuntuoso. Hay en este libro algunos versos de carácter horaciano, sobre todo un lindo soneto *A la mediana*, del cual son estos versos:

Que nunca teme una fortuna escasa
De ajena vida el ponzoñoso aliento;
Á la planta mayor persigue el viento,
Á la torre más alta el rayo abrasa...

y algunas *canciones* que por el estilo y la forma de *liras* pertenecen á la escuela salmantina.

Cultivador asiduo de la poesía *moral* fué el doctor Cosme Gomez Tejada de los Reyes, autor de *El leon prodigioso* y de los *Amores del entendimiento y de la verdad*, libros bien hechos, aunque insoponible el segundo como alegoría, y autor asimismo de dos poemas en octava rima, titulados, el uno *La nada* y el otro *El todo*. *La nada*, así como otros ver-

sos suyos, encuéntrase en la primera parte de *El leon prodigioso*, que es una serie de apólogos en prosa, enlazados de suerte que forman una especie de novela. Una de esas poesías intercaladas es la canción *En alabanza del retiro de la corte*, imitación del tantas veces reproducido *Beatus ille*. Que esta nueva tentativa no carece de mérito, pruébanlo las estrofas á continuación trascritas:

En el ameno prado,
Á sombra de la encina ó piedra yace,
Á vista del ganado
Que entre tomillos ó descansa ó paze;
Cuyos tiernos balidos
Dulcemente adormecen los sentidos.
En sus nidos las aves
Se hacen simplemente compañía
Con músicas suaves;
Sólo murmura alguna fuente fria,
Dando al céfiro quejas
Y con susurro blando las abejas...

Cosme Gomez Tejada nunca pagó tributo al culteranismo, por él satirizado en los sonetos *Al suspiro de Crisaura*. Es uno de los últimos discípulos fieles de la escuela de Salamanca, donde recibió las enseñanzas del maestro Baltasar de Céspedes, yerno del Brocense.

Francisco Lopez de Zárate, medianísimo poeta riojano, enlázase con la escuela aragonesa; es de los sostenedores de la tradición clásica, y alguna vez imita las epístolas morales de los Argensolas en sus tercetos *Á un avaro, Á un gloton, Á un privado*. Son secas y frias estas composiciones, pero de doctrina grave y severa, correspondiente al digno carácter moral de Zárate, nunca torcido ni doblado por el trato de la corte:

Llámase aquel varon prudente y fuerte
Que sigue su fortuna con desprecio,
Pues vivirá más siglos que la muerte.
¿Qué imperio, qué victoria tuvo precio,
Y cuál se iguala á aquella que se alcanza
De propia estimacion con menosprecio?

A la misma escuela fria y prosaica que Zárate, pertenecen el conde D. Bernardino de Rebolledo, y el judaizante Antonio Enriquez Gomez; aunque el primero mostró vigor poético en sus traducciones de la Escritura, y el segundo dió ejemplos de rabioso culteranismo en el *Sanson nazareno* y en *La culpa del primer peregrino*. Pero en sus versos morales y didácticos uno y otro andan bastante lejos de la verdadera poesía. En la voluminosa colección poética de Rebolledo hallamos tres largas epístolas en tercetos y una en romance endecasílabo. To-

(1) Leídas por mí otras novelas pastoriles nuestras, especialmente la *Diana*, de Montemayor; *El pastor de Fílide*, de Montalvo; la *Galatea*, de Cervantes; *El siglo de oro*, del Dr. Valbuena, no he encontrado rastros notables de horacianismo (si vale la frase) en las poesías allí intercaladas.

das tienen interés, por referirse á los viajes, legaciones y aventuras de su autor, pero la segunda es curiosísima por ser una especie de *Poema bibliográfico*, en que el señor de Irián da reglas á un amigo suyo sobre el método y elección de las lecturas. No tiene más defecto que el de estar en verso; imagínese qué bien parecerá en tercetos un catálogo de autores y de libros en que se apunta hasta el número de los capítulos. Y gracias que se olvidó, porque entonces no se usaba, de contar las páginas, como hacen los bibliófilos modernos. Tuvo el conde de Rebolledo la manía de ponerlo todo en rima, hasta la genealogía de los reyes de Dinamarca, y las reglas de ataque y fortificación de las plazas. En las otras tres epístolas no desagrada tanto el continuo prosaísmo de dicción como la falta casi absoluta de color poético.

A pesar de las *Selvas Dánicas*, de la *Selva Militar y Política*, y de otros pecados semejantes, el conde de Rebolledo figuró honrosamente en nuestro Parnaso por dos conceptos muy distintos: como traductor y parafraste de la poesía hebrea, y como cultivador de la *poésie de société* que dicen los franceses. Algunos de sus madrigales son modelos de primor y delicadeza, y no ménos las lirás, bastante horacianas, que empiezan:

Borraré, Lisí mia,

Con invisible fugitiva mano...

Agrada encontrar en la decadente lírica del último tercio del siglo XVII vestigios como estos, del lozano estilo de Francisco de la Torre:

La púrpura encendida

De tus mejillas en la nieve helada,

Rosa recién nacida,

Rosa ha de ser del viento deshojada...

Altos pensamientos morales vierte siempre en sus canciones, elegías y epístolas el capitán Antonio Enriquez Gomez, portugués, según unos, y segoviano, en concepto de otros. Más contagiado de la manía del prosaísmo, en la cual caían siempre los ingenios de ese tiempo cuando intentaban huir de los desvaríos culteranos, pocas veces llega á poner armonía y número en sus versos, plenitud y vida en sus frases. Consíguelo mejor en las *Epístolas de Job*, gracias á las reminiscencias del libro sagrado en que se narran las calamidades del patriarca idumeo; lógralo también en la *elegía de su peregrinación*, por el carácter íntimo y personal que supo darle, pero en el resto de las poesías insertas en sus *Academias Morales*, la grandeza y el interés estriban ántes en la gravedad y fuerza que por sí traen las verdades éticas, que en el arte del poeta.

Las epístolas de Albano y Danteo, *La risa de Demócrito*, *El llanto de Heráclito*, la canción *A la vanidad del mundo*, léense con interés por la calidad de los asuntos, que salen de la monotonía petrarquista y de las fábulas á imitación del *Polifemo*, pero en realidad son muy pobres. Cuando toma frases de los libros sapienciales, Antonio Enriquez se levanta un poco, y algo semejante le sucede en dos canciones *A la vida del campo* sobre el asendereado tema del *Beatus ille*.

Fabricio, si la vida

En la santa quietud está cifrada...

Humilde albergue mio,

Líquidos arroyuelos...

Fué Enriquez Gomez notable satírico, pero su sátira es española y no horaciana, por cuya razón no nos incumbe examinarla (1).

Habría podido observarse en esta reseña que el género que mejor y más tiempo resistió al contagio fué la *epístola moral*, ya porque durase el ejemplo y la influencia de los Argensolas, ya porque el triste estado de los negocios públicos y la corrupción y venalidad generales incitaban más á la sátira y á la acerba censura que al elogio ni al canto lírico. Uno de los últimos cultivadores señalados de ese género fué D. Luis de Ulloa y Pereira, célebre, no obstante, más que por sus epístolas, por su poema de *Raque*.

Los tercetos en que celebra Ulloa la vida de la corte son tan jugosos y graves como duros y afeados por el conceptismo. No diré otro tanto de una sabrosa carta en pareados que le dirigió su amigo D. Gabriel del Corral, abad de Toro, refiriéndole las diversiones de aquella ciudad en tiempo de Carnestolendas, y burlándose con agudos chistes de las *Nenias Reales* de Manuel de Faria.

D. Agustín de Salazar y Torres, lírico notable entre los de segundo orden, acordóse de Horacio y del *Epitalamio* de Catulo, en sus cantos á *Cintia*, dispuestos en coros á la manera del *Cármén Seculare* y otras odas del lírico romano:

Ven, oh Cupido, y no sañuda fiero

Tire rugiente el carro luminoso,

Ven de púrpuras rosas,

Ven de cándidos lirios coronado.

Depon ya los rigores,

Suspende los ardores

Que la antorcha fulmina poderosa.

Mírese alguna vez tu aljaba ociosa

Y el arco suspendido,

Ven, oh Cupido, ven, ven, oh Cupido.

(1) Hay un buen análisis de las poesías de este judaizante en los *Estudios sobre los judíos de España*, de don José Amador de los Ríos.

Ven, oh Cupido, y las azules plumas
Ligero entrega al aire vagaroso.
Asiste, pues, oh hermoso
Nieta de las espumas,
A las glorias de aquella
Más que tu padre bella.
Deja de Chipre el soberano imperio,
Y por los verdes bosques de Pierio
Deja á Páfo y á Gnido,
Ven, oh Cupido, ven, ven, oh Cupido...

Este fué el canto de cisne de la musa horaciana en el siglo XVII. El lector me perdonará si no entro en el exámen de las poesías de Anastasio Pantaleon de Ribera, de Jerónimo de Cáncer, de la Monja de Méjico, de Bances Candamo y de otros vates de aquella era. Tenga por averiguado que no fué la Musa de Ofanto la inspiradora de tales ingenios.

IX.

Post nubila Phebus: estamos en 1737, fecha para siempre memorable en la historia de nuestra cultura. La escuela aragonesa despierta de su prolijo letargo, y enarbola, como de costumbre, la bandera del *sentido comun* en la *Poética* de Luzán. La escuela castellana, que pronto recobrará su antiguo y glorioso nombre de *Salmantina*, funda el *Diario de los literatos* y da el primer modelo de sátira clásica en el siglo XVIII. Y este modelo es horaciano, aunque con circunstancias muy singulares que importa distinguir. La sátira del poeta montañés, catedrático de Jurisprudencia en Salamanca, oculto con el pseudónimo de *Jorge Pitillas*, abunda en reminiscencias de Boileau, tanto como de los satíricos antiguos, y es de los primeros y más señalados ejemplos de la influencia del gusto frances entre nosotros. Este hecho es indudable, y ha sido puesto en claro por el doctísimo académico historiador de nuestra poesía lírica en la centuria pasada. Y á pesar de esto, la obra de Hervás, con carecer de originalidad en los pensamientos y en la doctrina, pasa por una de las sátiras más animadas, valientes y legítimamente castellanas que posee nuestra lengua. Esas reminiscencias se confunden de tal suerte con la manera propia y peculiar del autor, y están remozadas por tal arte, gracias á la indignacion verdadera y personal de Pitillas contra los malos escritores de aquella época desdichada, y son tan castizos los giros y tan robustos y bien caldeados los tercetos, que de seguro no hubiera rechazado Bartolomé Leonardo á tal discípulo, quizá se hubiera honrado con sus versos. Las alusiones contemporáneas dan vida y frescura á esta sátira horaciana de segunda mano, si se quiere, pero llena de una *vis* ácre y desenfadada que Boileau no tuvo nunca:

Tambien yo soy al uso literato
Y sé decir *rhombóides*, *turbillones*,
Y blasfemar del viejo Peripato.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones
Y en famoso teatro argüí récio
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuánto afan busco y aprecio
Un libro de impresion *elzeviriana*
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la biblioteca: allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo
Con otros chicos de lenguaje oscuro,
Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que Dioscórides fué grande herbolario
Segun refiere Wanderlarck el Romo,
Y allego de noticias un almarío
Que pudieran muy bien (segun su casta)
Aumentar el *Mercurio Literario*,
Hablo frances aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta...

D. Ignacio de Luzán, harto mejor crítico y preceptista que poeta, resucitó no la oda horaciana, pero sí rasgos sueltos en sus canciones *A la conquista de Orán*. El *qualem ministrum fulminis alifem* fué por él reproducido en la estancia siguiente:

Como la generosa águila altiva,
Sobre las vagas aves hecha reina,
Y que sirve al Tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz, su furia aviva,
En vano, ya cautiva
De la garra feroz, silba y forceja, etc.

En la misma cancion nótanse otros recuerdos de la oda *A Druso*:

Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama paca...

Porceli, Torrepalma y D. Juan de Iriarte no cultivaron la poesía horaciana. El lector me perdonará que no le hable de Montiano. Para encontrar un lírico de veras, es preciso llegar á D. Nicolás Fernandez de Moratin. Su ingenio era español por excelencia, pero á veces daba con la poesía clásica: muestras de ello el precioso idilio de *La Barquera*, y algun trozo del *Epitalámio*. Distinguió sus poesías líricas en *odas* y *canciones*, division no justificada, pues

entre las primeras hay algunas en estancias largas, como la famosa, y rica de estro y valentía, *A Pedro Romero*.

Esta, y alguna más son *pindáricas*, al paso que deben calificarse de horacianas la dirigida *Al Duque de Medina-Sidonia* y las tres que llevan los títulos de *Vanidad de las riquezas*, *Quietud del ánimo*, *Madrid antigua y moderna*. Esta última es imitación del *Jam pauca aratro jugera*, y de mediano mérito. La *Quietud del ánimo* repite los pensamientos del *Otium Divos*:

Procurarás hallar descanso en vano,
Descanso, el bien más grande de esta vida,
Que no basta á comprarle el gran tesoro
Que al persa, al turco, al moro
Rinden el Asia y Africa oprimida,
Ni el reluciente mármol granadino,
Ni de cedro las vigas olorosas... etc.

En la estancia siguiente se imita el *Integer vita*. La *Vanidad de las riquezas* es reproducción del *Nullus argento* con algo del *Intactis opulentior*. Los metros de estas dos composiciones no son horacianos. Por el contrario, el *Madrid antiguo* está en *liras*:

Por donde con el trillo
Circularon las yuntas de los bueyes
Sobre el haz amarillo,
Van dando al orbe leyes
En carro ebúrneo príncipes y reyes...

Bastante mejor que esas odas es la enderezada al Duque de Medina-Sidonia: en ella renació la estrofa de Francisco de la Torre y de Medrano:

Vive, señor, de tu consorte hermosa
Idolatrada en los honestos lazos,
Y temple tus afanes amorosa
Con sus dulces abrazos.

Se me olvidaba hacer mérito de otros dos ensayos horacianos de Moratin. El uno no tiene significación ni importancia: es una felicitación de días. El otro es una oda sobre la inmortalidad que el ingenio da á la hermosura, curiosa únicamente porque terminan en eptasilabos sus estrofas al modo de Francisco de Medrano. Del sáfico solo hizo uso Moratin en una traducción oportunamente mencionada.

Dejó D. Nicolás tres sátiras medianas y llenas de imitaciones de Rey de Artieda, los Argensolas y Jorge Pitillas. La mejor es la tercera. En la segunda apenas hizo otra cosa que repetir en tercetos las invectivas que contra la antigua escena había

acumulado en sus *Desengaños al teatro español*.

No sé con qué fundamento se acusa á nuestros poetas del siglo pasado de ciegos adoradores del gusto frances: fuéronlo á veces en el teatro, pero casi nunca en la poesía lírica, de la cual tenían hartos poco que imitar en Francia. Hasta ingenios educados allí y admiradores de aquella cultura se olvidaban de sus aficiones al escribir versos líricos, procurando acercarse más bien á los modelos de nuestro siglo de oro. Tal hizo el coronel D. José Cadahalso, digno de memoria aquí por sus odas horacianas *Al Amor* y *A Venus*, no, en verdad, de mérito sobresaliente, pero notables por la modificación que en ellas experimentó la estrofa sáfico-adónica, haciéndose *leonina*, con alguna mengua de su carácter griego:

Madre divina del alado niño,
Oye mis ruegos, que jamás oíste
Otra tan triste lastimosa pena

Como la mía.

Baje tu carro desde el alto Olimpo
Entre las nubes del sereno cielo,
Rápido vuelo traiga tu querida
Blanca paloma...

Otros sáficos escribió Cadahalso *Á la nave en que se embarcó su amigo Ortelio para Inglaterra*, imitando en partes el *Sic te Diva*. Entre los versos de este agradable poeta hay otra composición semi-horaciana en loor de Melendez, señalada más que por el artificio poético por la simpática efusión de ternura:

Y yo siendo testigo

De tu fortuna, que tendré por mía,

Diré: «yo fui su amigo,

Y por tal me tenía,

Y en dulcísimos versos lo decía...

A Cadahalso se debe una combinación más en nuestra métrica:

Con dulce copa; al parecer sagrada,

Al hombre brindas, de artificio lleno;

Bebí; quemóse con su ardor mi seno,

Con sed insana la dejé apurada

Y ví que era veneno...

Al grupo literario de *la tertulia de la fonda de San Sebastian* pertenecía, como Cadahalso y Moratin el padre, D. Tomás de Iriarte; aunque falto este docto literato de genialidad lírica, formó escuela aparte, y con demasiados discípulos, como fautor del prosaismo. Mas aquí merece elogios por las once ingeniosas epístolas sobre asuntos literarios,

insertas en el segundo volumen de sus obras. Rídiculo fuera pedir en ensayos de ese género grandes bríos poéticos ni riqueza notable de estilo; pero si fuera de desear lo que nunca falta en los grandes maestros del género, lo que tienen de sobra Horacio y los Argensolas, color, nervio y poesía de dición. Las epístolas de Iriarte son sermones, á imitación del Venusino; pero aunque éste llama á sus sátiras *Sermoni communi propria*, hablaba sólo con relación al tono lírico y épico, mas nunca en absoluto. Jamás deja de ser poética ni acendrada la frase horaciana, y nunca pueden confundirse con la prosa los exámetros del *Cum tot sustineas* ó del *Nil Mirari*; aunque tampoco se parezcan jamás á los de la *Eneida*. Pero aparte de este defecto, que en Iriarte lo era de gusto y trascendió á todas sus obras; aparte de la frialdad natural del escritor, que nunca le deja enternecer ni enojarse mucho, esas epístolas, especialmente las cuatro primeras y la sétima, son sus mejores títulos de nobleza literaria, despues de las *Fábulas* y de *El señorito mimado*. Tres de ellas están dedicadas á Cadahalso, y censuran no con la vigorosa indignación de Jorge Pitillas, sino con ligera sonrisa, las extravagancias y pecados literarios de aquella era. El galicismo era uno de los más graves:

Y el otro, que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,
Salga melon ó salga calabaza,
Cualquier libro frances, y le disfrazo,
A costa de poquísimo trabajo,
En idioma genizaro y mestizo,
Diciendo á cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Sena,
Por más que hayas nacido junto al Tajo,
Y rabie Garcilasso enhorabuena,
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Este es el tono general de las epístolas de Iriarte elegancia discreta, pero falta de vida.

La mediocridad del poeta aparece más evidente cuando intenta describir, como en las epístolas 5.^a y 7.^a Sus descripciones se convierten en inventarios. Pero aún en estos casos agrada é interesa. Su predilección por Horacio se manifiesta bien en un romance.

Antes de entrar en el estudio de la escuela salmantina, conviene agrupar ciertos poetas de mediana importancia que fuera de ella florecieron. Sea el primero el autor insigne de la *Raquel*, que, á pesar de sus lauros dramáticos, nunca marchitos, rara vez pasó de mediano en los versos líricos. No conozco más poesía horaciana suya que la paráfrasis, en su lugar citada, del *Otium Divos*.

Al lado de Huerta debe figurar, por lo español y por lo desmandado, el bizarro cantor de *Las naves de Cortés* y de *La toma de Granada*, D. José María Vaca de Guzman, de quien hay una oda sáfica *A la muerte del coronel Cadahalso*, tejida de imitaciones varias de poetas latinos. El autor dice que *lleva la novedad del adorno de la asonancia*, que, aplicada á un metro clásico, no es, en verdad, ningun progreso, pues le hace perder algo de su nativa pureza. Así principia la oda de nuestro magistrado:

Vuela al ocaso, busca otro hemisferio,
Baje tu llama al piélago salobre,
Délfico númen, y á tu luz suceda
Pálida noche... (1)

La canción festiva

Ya las cumbres del alto Somosierra...

es, en cierto modo, una parodia del *Vides ut altâ stet nive candidum*, pero vale poquísimo.

Algunas de las fábulas de D. Félix María Samaniego, especialmente la de *Los dos ratones*, son tomadas de epístolas y sátiras de Horacio, aunque también figuran en diversas colecciones esópicas.

Poco diré de D. Pedro Montengón, puesto que este celebrado novelista y fecundo poeta fué ya ámpliamente estudiado por mi erudito amigo D. Gumersindo Laverde, en uno de sus *Ensayos críticos*. Montengón es digno de loa; en primer término, por los asuntos nobles y elevados que fueron siempre materia de sus cantos; en segundo, porque fué á veces poeta en el pensamiento, aunque nunca ó casi nunca en la expresión. Las odas del ex-jesuita alcantino divídense en seis libros, agrupándose en el primero, las *heróicas*; en el segundo, las compuestas en alabanza de personajes del siglo XVIII; en el tercero, las que celebran los progresos de la agricultura, la industria y el comercio; en el cuarto, las relativas á cosas de América; en el quinto, las *filosófico-morales* y *críticas*; en el sexto, las traducciones de poesías bíblicas. A decir verdad, las dos últimas secciones son las más apreciables, con no poderse citar por modelo algunas de las odas allí incluidas. Las de la sección 5.^a son casi todas horacianas en el pensamiento, aunque dejen bastante que desear en punto á forma. Sin embargo, el señor Laverde entresacó algunas estrofas que no merecen caer en olvido. A cualquier poeta honraria ésta de la oda *Á Hermenesinda*:

¿No ves esas estrellas
Que brillan en el cielo?

(1) Esta oda aparece incluida por error en la primera edición de las *Poesías de Fr. Diego Gonzalez* (1798).

Son su corona: trasformada en ellas
Diciendo está á tu duelo
Que si Eurito te deja,
Más digno amante acallará tu queja.

Bello es este símil de la oda *Á Zaliarco*

..... la risa amena
De su hechicera boca
A la del mar en calma parecía...

Entre el fárrago de odas *heróicas, sociales* y de otro linaje que compuso Montengon, pertenecientes muchas de ellas, no por los aciertos sino por el género, á la lírica horaciana, y notables casi todas por lo sano y generoso de las ideas y sentimientos, hay perdidos algunos rasgos y aún estrofas regulares, v. gr.

Oyó el Tibre orgulloso
Só graves ruedas retumbar el puente
Oprimido del carro majestuoso
Domador del Oriente,
Y á los vencidos reyes
Dictar tronando Roma altivas leyes...

Montengon es en todo un poeta de escuela. Imitó como tantos otros el *Vaticinio de Nereo* y el *Beatus ille*.

No hablaré de D. Leon del Arroyal, que publicó un tomo de *odas* horacianas en buena parte, de nadie leídas, y en las que apenas se encuentra nada tolerable.

El ilustre crítico Fernando Wolf elogia, no sé por qué, á este escritor insípido, prosaico é insufrible.

Tampoco hemos de exhumar del eterno olvido en que yacen los execrables versos que Trigueros quiso hacer pasar por de Melchor Diaz, poeta toledano del siglo XVI.

Ménos malo que estos poetas es D. Vicente Rodríguez de Arellano, dramaturgo prolífico en aquellos dias. Una oda suya *Al Altísimo*, es imitación, aunque floja, de Fr. Luis, y horaciana *de segunda mano* por consiguiente. Algunas estrofas están bien versificadas:

Desde su rico asiento
Árbitro de los bienes y los males,
De los rápidos orbes celestiales
Regula el movimiento,
Y con frágil arena
Del Ponto airado la soberbia enfrena.

Injusticia sería confundir al conde de Noroña con la turba de versificadores mediocres y amanerados

que infestaban nuestro Parnaso en el último tercio del siglo XVIII. El estro lírico del ilustre militar no era grande, pero al cabo le inspiró dos odas valientes y animadas, una canción erótica bastante linda, y algunos juguetes de sociedad, dignos de conservarse. El prosaismo y la frivolidad son los dos pecados capitales de sus versos. En la colección de ellos abundan las piezas horacianas, ó con pretensiones de tales. Las anacreónticas *Á Drusila*

¿Por qué cuentas tus años,
Drusila, tantas veces...

y *Á la vuelta de la primavera* están imitadas, aunque pobremente, del *Tu ne quæsieris* y del *Solvitur acris*. Sobre el último eterno tema compuso Noroña un silva, en que hay algunos versos regulares. Las odas son veintiseis, y sobre todas descuellan, sin ser de primer orden ni mucho ménos, las dos que celebran *la victoria de Trullás* y *la paz de 1795*. En otras domina un intolerable prosaismo: júzguese por el comienzo de la que quiere ser imitación del *Quis desiderio*:

¿Quién no estará pasmado, sorprendido
Y cubierto de susto...

De la oda *Al lujo* pudieran citarse muestras de increíble falta de sentido poético. Hablando de la frugalidad de los antiguos españoles, dice:

Ya estómago robusto
Con jugoso jamon se contentaba,
El ajo daba el gusto,
Y la sana cebolla lo excitaba...
..... ignoradas
Eran las celebradas
Salsas, con que el dinero
Y el cuerpo nos consume el extranjero.

¡Esto se llamaba *poesía lírica* en el siglo XVIII!

Hizo Noroña algunas odas *sáficas*, de tan perverso gusto como puede apreciarse por estas estrofas que al azar elijo:

Allí está Vénus con Cupido al lado,
Allí Minerva de armas revestida,
Allí está Juno con real corona,
Allí están todas...
Antes se acerca de la suerte cuando
Bajó corriendo presurosa y triste,
Porque á su Adónis con sangrienta saña
Se lo mataban.

Necesario ha sido presentar estas muestras de gusto poético dominante en la centuria pasada. Así

será mayor el contraste que nos ofrezcan los ingenios de las escuelas salmantina y sevillana, y subirá de punto nuestro agradecimiento á los egregios varones que limpiaron de tales malezas el campo de la literatura castellana.

X.

La escuela salmantina llevó á cabo una obra de verdadera regeneracion en nuestra poesía, salvándola, al mismo tiempo, de los restos del *culteranismo* y de la calamidad del *prosaismo*. Que por evitarlos cayó á veces en el amaneramiento académico, no hemos de negarlo; ¿mas era posible otra cosa en las condiciones literarias del siglo XVIII?

La historia de esta escuela, en la época que vamos recorriendo, divídese naturalmente en dos periodos. Llenan el primero Fr. Diego Gonzalez, Iglesias, Fornér, Melendez, y Jovellanos: figuran en el segundo Cienfuegos, Quintana, Gallego, Sanchez Barbero y Somoza. Con ellos se prolonga este sistema poético en las primeras décadas del siglo presente.

Fr. Diego Gonzalez entendió que para reanudar el hilo de la tradicion literaria en Salamanca, era preciso volver á Fr. Luis de Leon. Imitóle, pues, con admirable exactitud y pureza en las formas, pero sin asimilarse nunca el espíritu de su modelo, con quien tenia el suyo harto escasa analogía. No de otra suerte imitó Monti el estilo de Dante en los cantos de su *Basvilliana*. Fué, por consiguiente, Fr. Diego Gonzalez discípulo de Horacio, aunque en segundo grado, y fuélo no con grandes bríos, pero sí con locucion pura y castiza, del modo que testifican estas estrofas de la oda *Á Liseno*:

¿Por qué te das tormento,
Liseno, si te ha dado el cielo santo
El mirar el portento
Que al Tajo pone espanto
Y á sus Lasso renueva el dulce canto?
Dichoso y bien hadado
Quien logra ver de Lisi la luz pura,
Dó con modo no usado
La gran madre natura
Cifró el númen, la gracia y la hermosura...
Y aquel hablar sabroso
Entre carmin y perlas fabricado,
Correr cual el precioso
Raudal recién formado
Sobre las puras guijas deslizado...

Tal es el estilo de Fr. Diego Gonzalez, digno de los buenos tiempos del habla castellana. Pero el mérito principal de este simpático poeta no ha de buscarse en sus versos, de imitacion clara y decidida, sino en aquellos otros de acendrada ternura y deli-

cadeza en que cantó á Melissa y á Mirta, y en los doncosos juguetes *Al murciélago alevoso*, *Á la quemadura del dedo de Filis*, y otros semejantes; composiciones unas y otras más geniales y más en armonía con la índole y tendencias literarias del dulce agustino.

Muy diferentes eran las del célebre epigramatario D. José Iglesias de la Casa, que, sin embargo, contribuyó, no ménos, á conservar la ternura y limpieza del idioma, libre en él como en Gonzalez de todo resabio extranjero. Por el género de sus producciones más celebradas, sale de los límites de este estudio el Marcial salmantino, mas pertenece á él en otro concepto. Fué Iglesias lírico horaciano, pero de una manera especial y singularísima, robando y saqueando sin escrúpulo á los del siglo XVI, especialmente al Bachiller Francisco de la Torre y á Valbuena, aprovechándose no sólo de sus pensamientos, sino de sus frases y de versos enteros, trastrocándolos de su lugar, haciendo de dos tercetos un idilio, de dos octavas una oda, sin poner casi nada de su cosecha, pero con habilidad tan maravillosa, que á no estar en autos es imposible sospechar tales trasmutaciones. Buena parte del primer volumen de sus obras está trabajada por este raro procedimiento. Pero justo es advertir que no debemos culpar de plagiarío á Iglesias, puesto que él jamás pensó en publicar sus obras, por lo cual aparecieron confundidas en los mss. que dejó á su muerte las propias con las ajenas. Tal vez hacia esos ensayos como estudio de versificacion y de lengua, y hemos de creer de su escrupulosa probidad que nunca intentó apropiarse la hacienda de otros, mucho más siendo fácil de descubrir el hurto, por no tratarse de obras inéditas ó raras.

Los que Iglesias llama *idilios* son composiciones del todo líricas, y de corte muy horaciano. Escritas con verdadera é intensa melancolía, no muy comun en el siglo pasado, y con sencillez de expresion muy notable, méritos hartos reunen para no estar tan olvidadas. Hállanse llenas de retazos de poetas antiguos y en *El desfallecimiento*, v. gr., están intercalados sin rebozo siete ú ocho versos seguidos del *Bernardo*, de Valbuena

¡Cielos! á cuál deidad tengo agraviada...

Pero hay en estos *idilios* bellezas propias dignas de alabanza. En el XIII leemos estos versos:

Alma dichosa, que en amor ardiendo
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y del mal libre, con graciosas plantas
Los campos de zafiro vas midiendo,
Y al cielo te adelantas.
Mientras del tercer globo florecido,

Entre mil lirios, de mancilla exentos,
Cogiendo vas los castos pensamientos
Del puro afecto que á tu fe he tenido
Sin falsos fingimientos,
Vuelve los ojos, mira el sacrificio
Que agora á tu deidad hacer espero...
.....
Que mi alma por seguirte estará ufana
Suelta del cuerpo que por tí padece,
Tú acoge agora el don que ella te ofrece,
Don que el amor acendra, el dolor sana
Y el honor engrandece...

Así por las ideas como por la forma salen de la esfera comun de la poesía del siglo XVIII estos *idilios*, en que pareció revivir la musa de Francisco de la Torre. Distingúense sobre todo por la sobriedad lírica y la ausencia de postizos adornos.

De las cinco *odas* de Iglesias, una está compuesta con versos de Valbuena y escrita en la misma combinación métrica que los *idilios*. Otras dos *Á la noche* y *Al día*, deben al mismo poeta sus mejores estrofas, ricas de poesía descriptiva:

Salen las negras horas que en beleño
Ciñen la sien severa,
Vertiendo sombra y derramando sueño
Por toda su carrera...
.....
Sale el sol con ardiente señorío,
Toda la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío
Que bate su ribera.
Crecen los rayos de la luz febea
Con más pujante aliento,
El bajo suelo en derredor humea,
Y arder se mira el viento...

Pero lo que Iglesias añade no desdice de estos brillantes rasgos, y á despecho de su rara estructura, son estas dos odas de las buenas de la poesía horaciana en el siglo XVIII.

Ménos iguales, aunque tienen estrofas de mérito, son la dirigida *A una fuente* y la compuesta *En loor de los héroes españoles*. Esta segunda imita el *Quem divum aut heroa*. En la quinta de sus *églogas* intercaló nuestro poeta un canto, no malo, en *sáficos-adónicos-leoninos*, al modo de Cadahalso.

Iglesias no tuvo rival en la sátira, fácil y ligera con formas nacionales; pero la *sátira* clásica, no cultivada apénas desde Jorge Pitillas, llegó á su apogeo en otros dos poetas de la escuela salmantina, Forner y Jove-Llanos.

De Jove-Llanos son las dos sátiras *A Arnesto*, únicas que en castellano disputan la primacía á las de los Argensolas, y aún la obtienen, á mi entender.

Pero entrambas son de la cuerda de Juvenal, sin que se perciban allí rasgos horacianos.

Las admirables epístolas del magistrado gijonense *A Bermudo* y *A Posidonio*, tesoros de altas ideas y generosos pensamientos, la compuesta desde el monasterio del Paular, la dirigida á Moratin y alguna otra son modelos en el género filosófico, ni ántes ni despues igualados en las literaturas peninsulares. Pero ni la doctrina allí expuesta es la de Horacio, ni el tono se parece en nada al de las epístolas morales del lírico de Ofanto. Jove-Llanos es más grave y severo, escribe con sinceridad y convicción profundas, no se permite laxitud alguna, ni se detiene en la tranquilidad egoísta de los epicúreos. La austeridad continua de su estilo contrasta con el gracioso desenfado del de Horacio:

Así tambien de juventud lozana,
Pasan, ¡oh Anfriso! las livianas dichas.
Un soplo de inconstancia, de fastidio
O de capricho femenino las tala,
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos árboles caidas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra,
De continuo exhalados, en pós.de ellas
Corremos hasta hallar el precipicio
Do nuestro error y su ilusion nos guía...

(Epístola *A Arnesto*.)

Desde los tiempos de Jáuregui no se había manejado el endecasílabo suelto con la maestría con que le empleó Jove-Llanos. Solía decir éste, según cuentan sus biógrafos, que *tenía horror al consonante*; saludable horror, por cierto, y que hubiera convenido á muchos de nuestros versificadores clásicos.

Algunas de las epístolas ménos perfectas de Jove-Llanos, la dedicada *A Eymar*, por ejemplo, tienen un sello más familiar y horaciano. Sus odas sáficas *A Poncio* (Vargas Ponce), *al capitán D. José de Alava*, y *A D. Felipe Rivero*, si no anuncian un ingenio lírico de primer orden, son, con todo eso, poesías agradables, bien escritas aunque versificadas con descuido. La primera muestra con evidencia la aversión que inspiraron al grande escritor los horrores de la revolución francesa.

Interés histórico no pequeño tiene la oda, asimismo horaciana, en que enérgicamente se flagela la general corrupción y decadencia de España durante el gobierno del Príncipe de la Paz; ni son para olvidados en otro género los que el autor llama *idilios* *A un supersticioso*, *A Almena* y *Al sol*, composiciones del todo líricas, y fundadas las dos primeras en pensamientos de Horacio. Citaré, por último, la oda moral *A un amigo en un infortunio*, escrita á ejemplo del *Non semper* del lírico romano:

Nada por siempre dura :
 Sucede el bien al mal, al blanco día
 Sigue la noche oscura,
 Y el llanto y la alegría
 En un vaso nos da la muerte impía...

Aunque inferior á Jove-Llanos, fué D. Juan Pablo Forner uno de los entendimientos más claros y vigorosos del siglo XVIII. Lista escribió de él que *tenía el ingenio más apto para comprender las verdades que las bellezas*, y, en efecto, no fué la poesía su vocación principal. Forner era ante todo crítico y polemista; por eso brilló en la sátira de todas formas. El mismo dice que *fué su destino empuñar la clava crítica y aporrear á diestro y siniestro á cuantos espantajos literarios se le ponían por delante*. Su sátira no punza ligeramente, sino que desuella y mata. Con esto basta para comprender que no es horaciana ni por asomos. Léanse las dos que escribió *Contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, y *Contra la literatura chapucera del tiempo presente*, y prescindiendo de alguna dureza y escabrosidad en los versos, de ciertas frases oscuras y alusiones remotas, se admitirá lo bien trabado de los razonamientos, lo incisivo de las diatribas, lo copioso de la doctrina, y lo robusto y bien entonado de los tercetos, dignos, en ocasiones, de los Argensolas ó de Jorge Pitillas. Fáltale á Forner el colorido poético, mas súplelo la indignación verdadera y profunda, que es su musa. Conoce y emplea magistralmente la lengua, y como admirador y panegirista de Vives hace del *sentido comun* la palanca de su poderosa crítica. Escribió Forner, para contrarrestar la invasión del enciclopedismo, unos *Discursos filosóficos* en verso, acompañados de eruditísimas ilustraciones. Tampoco estos discursos tienen parecido alguno con las epístolas de Horacio. En estas nunca se expone la doctrina metódicamente y con pretensiones didácticas. Los verdaderos modelos de Forner en esta ocasión fueron en cuanto al género el *Anti-Lucrecio* del cardenal Polignac, el *Ensayo sobre el hombre* de Pope, y la *Ley Natural* de Voltaire. Con frecuencia combate los principios y teorías de los dos últimos. Dejó Forner muchas poesías líricas, más apreciables por lo castizo de la dicción que por otras excelencias. Son horacianas las odas *A Damon* (Estala), en que aparece de manifiesto la tendencia moralista del poeta, obra que comienza

No me aqueja fortuna...

y tres epístolas á Haguno, á D. Luis Godoy y á Lelio, dignas todas de estimación por lo que tienen de sátiras. Ultimamente, hay de él una oda sáfica, burlándose de otra así llamada, que insertó en el *Diario de Sevilla* cierto coplero.

A todos sus amigos del primer período de la escuela salmantina excedió como lírico D. Juan Melendez Valdés, en quien vino á quedar finalmente el patriarcado de la escuela. No pertenece á este lugar la apreciación, ya muchas veces y con acierto hecha, de su talento poético, y de los diversos modelos que alternativa ó simultáneamente obraron en el desarrollo de su ingenio. Melendez comenzó haciendo anacreónticas, muy apartadas de las del lírico de Teos, y pocas veces semejantes a las de Villegas. Las de nuestro Batilo son las más veces odas eróticas con algo de pastoriles y mucho de descriptivas. Hay entre ellas algunas imitaciones de Horacio, primorosas y ajustadas, sobre todo, la del *Quid dedicatum poscit Apollinem*:

¿Qué te pide el poeta?

¿Dí, Apolo, qué te pide,

Cuando derrama el vaso,

Cuando el himno repite...

Léanse además la 5.ª *De la primavera*, la 6.ª *Á Dorila*, la 44.ª *El pecho constante*, y la 47.ª *De la nieve*. Las ideas de la primera reaparecen mejoradas en el idilio VI, que es bellissimo. Melendez le repite continuamente en ideas y en frases.

Pasando rápidamente por los *romances*, *sonetos*, *silvas*, *elegías*, y *églogas* de nuestro dulcísimo poeta, no sin advertir que en esta parte de sus obras tampoco faltan reminiscencias de Horacio, fijémonos en las odas propiamente *horacianas* del tercer volumen. De ellas hay algunas eróticas, género predilecto de Melendez, y á todas excede el lindo *Diálogo de la reconciliación*, imitado del de Horacio y Lidia, aunque con un carácter pastoril que no tiene en el original latino. Elogios merece también, aunque no por la originalidad, el himno á Venus, puesto que Melendez le da como traducción, sin advertir de qué autor ó lengua. Las odas morales son en gran número. A veces están imitadas de las de fray Luis de Leon con maravillosa destreza en el estilo; véase esta estrofa de la oda á Fr. Diego Gonzalez sobre el tema del *Æquam memento*:

Verás qué tempestuosa

Tiniebla envuelve el día, y el luciente

Relámpago cruzar la nube ardiente,

La ronca voz del trueno

Sonar majestuosa,

Y temblar de horror lleno

El rústico, inundados

Entre lluvia y granizo sus sembrados...

Y sin embargo, ¡qué léjos se halla esto del vuelo inusitado de aquellas estrofas que terminan con el sublime rasgo

Y entre las nubes mueve
Su carro, Dios, ligero y reluciente...!

Otra oda compuesta en alabanza de un sermón de Fr. Diego Gonzalez y hasta nuestros días inédita, es de carácter aún más *salmantino*, y tiene algo de la dulcedumbre del gran maestro:

Tal más rico que el oro
Del pecho de Crisóstomo salía
El celestial tesoro
De la sabiduría,
Y de su dulce boca miel corría...

Melendez poseyó una facultad especial de asimilación, y si no el espíritu, á lo menos el mecanismo externo de versificación y lengua en los poetas del siglo de oro, sabía hacérselos propios con maravillosa facilidad. A Francisco de la Torre sigue con frecuencia:

¡Ves, oh dichoso Licidas, el cielo
Brillar en pura lumbre...
Del céfiro en las alas conducida
Por la radiante esfera
Baja de rosas mil la sien ceñida
La alegre primavera.

Y el místico prado que el helado invierno
Cubrió de luto triste,
Al vital soplo de su labio tierno
De yerba y flor se viste...

Otras veces imita derechamente á Horacio, y no á sus discípulos españoles, v. gr., en la oda 29.ª

Huye, Licio, la vida,
Huye fugaz cual rápida saeta...

Escasea generalmente en Batilo la sobriedad horaciana, y el poeta descriptivo se sobrepone siempre en él al lírico. Es demasiado abundante y lozano en el estilo y no abunda en transiciones rápidas. Léjos de suprimir ideas é intermedios, gusta de pararse donde quiera que puede ostentar morbosidad de estilo y fáciles versos. Mas son excepciones de esta regla dos odas sáficas *Á la fortuna* y *Á los libros*, de veras clásicas y horacianas:

Por vos escucho en el Aónio cisne
La voz ardiente y cólera de Ayace,
Los trinos dulces que el amor te dicta,

Cándido Teyo.

Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre, y si tu mente alada,
Sublime Newton, al Olimpo vuela,
Ráudo te sigo.

En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro:
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera.

Sigo la abeja que libando flores
Ronda los valles del ameno Tiber,
Y oigo á los ecos repetir tu nombre,
Dulce Salicio...

¡Lastima que la novedad y atrevimiento de las deas no corresponda aquí al primor y elegancia de la frase!

Melendez alcanzó también la concisión lírica en cuatro odas sagradas, *La presencia de Dios*, *La tribulación*, *El sér incomprendible de Dios* y *La prosperidad aparente de los malos*, no bastante fervientes y encendidas si las comparamos con las del siglo XVI, pero muy superiores á casi todas las del XVIII. El tono de Fr. Luis está, en lo posible, bien imitado y sostenido.

Entre las poesías que Melendez llama *filosóficas* y separa, no sé por qué, de las *mórales*, cuéntanse dos remedos de Fr. Luis, ambos notables, la oda *De la verdadera paz*, y la enderezada al obispo Tavira *en la muerte de su hermana*. Las dos son brillantes muestras del anhelo con que procuraron reanudar la antigua tradición los poetas de Salamanca, tan malamente acusados de galicistas é innovadores.

La obra maestra de Melendez en la lírica elevada, la oda *Á las artes* no es horaciana en conjunto, pero si debe al libro de Winckelmann toda erudición estética y sus más celebrados rasgos, á Horacio debe la incomparable introducción

Como el ave de Jove, que saliendo...

tomada del *Qualem ministrum fulminis alitem*, pero con la libertad y el brio de los verdaderos artistas.

Dicen que nuestro poeta pretendió oscurecer con su oda *Á las estrellas* la *Noche serena* de Fr. Luis de Leon. Si tal pensamiento tuvo, fuerza es confesar que se le ocurrió en mal hora, dándole sólo ocasión para una tristísima caída. D. Juan Tineo, aunque ensañándose con Melendez, puso de resalto la distancia inmensa de ambas composiciones.

Obedeció Melendez á la manía *filosófico-didáctica* de su siglo, componiendo numerosas y larguísimas epístolas y discursos en verso suelto y en tercetos, y bien escritas y llenas de generosas y sanas aspiraciones, aparte de muchas utopías candorosas y mucha sensibilidad ficticia que cansa y empalaga. El fondo de las ideas suele estar tomado de publicistas italianos, y aún de los sectarios franceses de la *Enciclopedia*, muy leídos y admirados en Salamanca. La única un tanto horaciana de estas epístolas es la dirigida *Al Dr. D. Plácido Ugena*.

El tipo más señalado del *filosofismo poético* fué Cienfuegos, escritor hoy más respetado que leído, pues realmente falta paciencia para soportar sus eternas declamaciones sobre el amor universal ó *panfilismo*, como decía Hermosilla. Escritor incorrecto, neológico y desmandado, aunque enérgico de continuo, y alguna vez profundo y verdadero en las ideas y en los afectos, Cienfuegos poco ó nada tuvo de horaciano. En otros tiempos hubiera sido poeta romántico. Ni *La rosa del Desierto*, ni *La escuela del sepulcro*, ni la oda *Á un carpintero* están dentro del molde clásico. La composición en elogio de Bonaparte por haber respetado la patria de Virgilio entra un poco en el género de Horacio, y aunque no de gran mérito, tiene menos desentonos y retumbancias que otros versos de Cienfuegos, quien mandó suprimirla en la segunda edición de sus obras, por haberse hecho indigno de alabanza aquel tirano con sus posteriores usurpaciones y violencias.

Próxima á morir la escuela de Salamanca, concentró sus fuerzas todas para dar á la España del siglo XVIII su gran poeta, el único que sin desdoro pudo oponer aquella edad á las dos anteriores, el segundo despues de Fr. Luis de Leon entre los líricos castellanos, D. Manuel José Quintana. Compendio vivo de su siglo, participó Quintana en grado eminente de sus grandezas y de sus errores, y en tal concepto, fué cantor admirable y grandilocuente de la ciencia, de la humanidad y de la patria. Faltáronle otras cuerdas en su lira, las mismas que faltaban en el alma de sus contemporáneos. Faltóle la emoción religiosa de todo punto; no acertó á expresar el amor como sentimiento, pero sí como admiración contemplativa á la belleza plástica; y cuando quiso cantar las grandezas naturales de la inmensidad del Océano, no hizo otra cosa que continuar un himno á los progresos de la navegación y á la audacia de los hombres. Faltóle, como á su siglo, la concisión y la sobriedad clásicas; fué como él amplificador, retórico, difuso, abundante en declamaciones y en apóstrofes, enamorado de quimeras, aborrecedor de fantasmas. Tenía poco de horaciano, calidad que consigo lleva las de mesura, aticismo y flexibilidad, incompatibles con la índole exclusiva, rígida, estóica é indomable de Quintana. Y si algún vestigio de lírica latina ofrece, no es en sus célebres odas *Á la Imprenta*, ó *Á la Vacuna*, ni en sus cantos patrióticos, sino en composiciones más modestas y olvidadas, en la primorosa oda *Á la danza*, en el *Elogio de Melendez*, ó en las estrofas improvisadas en un convite. Sus epístolas son del mismo carácter que las de Jove-Llanos, á quien una de ellas va dedicada. En *Las reglas del drama*, ensayo didáctico de su mocedad, hay más del *Arte Poética* de Boileau que de la *Epístola ad Pisones*. La

composición más pagana del celebrado vate es la oda *Á la muerte de la Duquesa de Frias*. Allí están aquellos inolvidables versos:

Granos todos de incienso al fuego que arde
Delante de mi altar sois consagrados:
Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¿Por eso habreis de importunar los hados?

.....
Bella fué, bella aún es: la amaisteis bella,
¿Quereis que venga la vejez odiosa
Y en ella estampe su terrible huella?
Muera más bien que envejecer la hermosa.

Horacio no tuvo ocasión de llorar la muerte de ninguna hermosura; mas es seguro que, de haberlo hecho, no hubiera empleado otros pensamientos ni frases muy diversas de las del poeta castellano.

El segundo en mérito de los líricos salmantinos es D. Juan Nicasio Gallego, modelo insuperable de poesía académica y cortesana. No pertenecen al género que vamos estudiando sus célebres odas *Al Dos de Mayo*, *A la defensa de Buenos-Aires*, *A las Bellas Artes*, ni tampoco sus elegías *áulicas*; pero si algunas composiciones ligeras y graciosísimas, en que apenas han parado mientes lectores ni críticos. Tal es la oda *A Corina ausente*, donde hay imitaciones de Francisco de la Torre:

Yo triste á crudo invierno
Y á llorar en tu ausencia condenado...

tal la dedicada *A Celmira*, y como superiores á una y otra, *El rizo de Corina*, *El vaticinio* y la *Plegaria al Amor*. Todas rebosan de espíritu pagano.

¡Felices ambos si tu seno abrasa
Chispa fugaz del suyo desprendida!
Que no es heldad la que sin mí se pasa,
Ni en pechos duros el placer se anida.
No quieras ver intacta tu belleza
Como en el yermo inútil amapola,
Que intacta vive en eternal tristeza
Y nace y muere desolada y sola...

Movimiento más lírico tiene la *Plegaria*:

Salve, divino amor, del hombre vida,
Fuego dulce y fecundo,
Deidad amable que al placer convida
Por todo el ancho mundo!...

La oda de *El rizo* está en *sáficos-adónicos-leoninos* lindamente trabajados:

Ni ya los ojos de mi bien me ocultas,
Ni te ensortijas de su sien en torno,

Ni el dulce adorno de tus bellos rizos
Luce en su cuello,
Ni ya te ostentas con primor cogido
De rica joya ó cándida guirnalda,
Ni por su espalda jugueton ondeas
Libre y airoso...

Sanchez Barbero, el preceptista de la escuela de Salamanca, en quien pareció renacer el espíritu del Brocense, era más bien filólogo que poeta. Hacía excelentes versos latinos, siendo muy horaciano en ellos; mas no acontece otro tanto con sus poesías castellanas, en que los defectos de amplificación ociosa y desleído estilo á cada paso ofenden. En sus composiciones eróticas tiene rasgos clásicos de buena ley:

Acuérdate, Latonia, cuando amabas
Y en tu carroza leve,
En Latmos encumbrada
Fogosa descendías,
Al tésalo pastor adormecías,
Y en dulces besos de su amor gozabas...

(Plegaria á la luna.)

Los *Diálogos satíricos* compuestos en el presidio de Melilla tienen alguna similitud con ciertos *Sermones* de Horacio. Dos de estos diálogos, *Los viajeros* y *Los gramáticos*, merecen particular alabanza por lo fáciles y donosos. Tenía Sanchez Barbero excelentes condiciones para la sátira horaciana.

De Somoza poco hay que decir en este estudio. Fué el *humorista* de la escuela, y cultivó felizmente el género de costumbres, singularidad notabilísima en los tiempos que él alcanzara. Pero hizo además gran número de versos líricos de mediano mérito, aunque exentos de toda afectación y en estilo y sabor muy castellanos. Son horacianas las tres odas *A Fr. Luis de Leon*, *Al rio Tórmes*, *Al sepulcro de mi hermano*, faltas de nervio y de audacia lírica, pero bien pensadas y escritas. Lástima que asome en la primera y última una tendencia poco ortodoxa. Somoza, como muchos de su tiempo, hacía profesion de volteriano; pero aquí parece creer en la trasmigración sidérica y en el sucesivo perfeccionamiento de los séres, delirios viejos hoy bautizados con el nombre de *espiritismo*:

¿Y es del hombre la cuna
Y el féretro este punto limitado?
¿Vivir en forma alguna,
De globo en globo alzado,
De perfeccion en perfeccion no es dado?
Sí; que alternando un dia
Con cuantos tienen en la luz asiento,
La inmensa jerarquía

Del bien recorrer cuento
Y eterna escala ve el entendimiento...
¡Ay, mariposa bella,
Guíame por la escala de esperanza
Que á la más alta estrella
Desde la tierra alcanza,
Y los séres de un mundo en otro alcanza...

En estos versos, que por lo demas admiten interpretación sana, aunque no inducen á ello ciertos pasajes de un diálogo de Somoza, puede apreciarse el agradable estilo poético de este simpático escritor en sus imitaciones de Fr. Luis de Leon.

Tal es el glorioso círculo recorrido por la escuela poética de Salamanca en la centuria XVIII. Antes de estudiar el renacimiento en Sevilla, conviene fijarnos en el poeta más pura y exclusivamente *horaciano* de nuestra literatura en ese siglo, y en sus inmediatos ó posteriores discípulos y secuaces, puesto que los tuvo, aunque en escaso número, muy notables.

M. MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

EL SAUCE BLANCO.

El sauce blanco (*Salix alba*, de Lin.), conocido más vulgarmente por los nombres de sauce común y de gran sauce de los bosques, es un árbol muy generalizado en toda Europa, en las inmediaciones de las corrientes de agua, en los pantanos, en los prados y bosques húmedos.

Pertenece á la familia de las salicíneas y al género *salix* (del céltico *sal lis*, cerca del agua).

Su tronco se eleva de 10 á 15 metros, y está cubierto de una corteza pardusca; la de las ramas es verdosa y lisa. Sus hojas son sencillas, alternas, lanceoladas, puntiagudas, suavemente dentadas, algo pubescentes, casi sesiles, caducas, y están acompañadas de estípulas ó apéndices membranosos ó foliáceos igualmente caducos.

Sus flores son dísticas ó unisexuales, es decir, que no tienen más que pétalos ó pistilos, y dispuestos en engarces solitarios, escamosos, pediculados y laterales; brotan en la primavera al mismo tiempo que las hojas. Las flores machos tienen dos estambres de hebitas velludas y de anteras redondas, amarillas, que se abren á lo largo; y las flores hembras tienen un estilo muy corto de dos estigmas bifidas, de ovario unilocular, multiovlado. El fruto es una cápsula unilocular, bivalva, que encierra muchos granitos y que tiene una corona de largos pelos sedosos cerca del hilio.

La madera de su tronco es ligera, tierna y blanca, y sirve para confeccionar diversas labores de carpintería común; los panaderos la emplean para calentar sus hornos. Con las ramas más gruesas se hacen escalas, aros de cubas, barriles, etc., y con las más tiernas, colmenas ordinarias para criar abejas, etc. El carbon de unas y otras entra en la composición de los lápices comunes y de la pólvora. Su corteza es amarga, febrífuga y astringente. Se hace

uso de ella en el curtido de las pieles; se le extrae un color rojo que sirve para el tinte. En 1825, Fontana sacó de ella la *salicina*, materia que ha sido propuesta como sucedáneo del sulfato de quinina en el tratamiento de las fiebres intermitentes. También se obtiene de ella el *ácido salicylico*, empleado como antiséptico y reconocido por varios apicultores alemanes como el más precioso específico para curar las colonias de abejas invadidas por la podredumbre del alveolo.

Antiguamente se aconsejaba el empleo de su savia para diferentes males de los ojos; su agua destilada contra las hemorragias; sus flores como cordiales. Se recomendaba la decocción de sus hojas, así como la lejía de las cenizas de su madera, para matar las sanguijuelas que se introducen en la faringe. Se usaba su corteza reducida á cenizas y remojadas en vinagre para destruir los furúnculos, los ojos de gallo, las callosidades y las verrugas. Pulverizada y mezclada con miel y con cal viva, se ha empleado también para hacer desaparecer los tumores de los caballos. Los baños de corteza se han ensayado contra las escrófulas, y la decocción también de corteza se ha empleado mucho tiempo como antiséptico contra las úlceras y la gangrena.

El sauce blanco crece rápidamente y se desarrolla en los suelos húmedos y turbosos, en las llanuras y en los valles, y todas las colocaciones le son favorables.

Se le propaga en viveros, por acodos y retoños.

En los bosques se le cultiva en sotos; pero en los prados, etc., rara vez se le deja su forma natural, y se explotan generalmente en plantones desmochados.

Bajo esta forma, por consecuencia de la acción de los agentes atmosféricos, su tronco se ahueca y entrebrea progresivamente.

El sauce-mimbres (*Salix Vitellina*, de Lin.), notable por el color amarillo de su ramaje, se utiliza lucrativamente convirtiéndolo en mimbrerales ó plantales de mimbres.

Se elige un suelo análogo á los que acabamos de citar, y se le prepara con acirates ó platabandas. Hecha esta preparación del suelo durante el verano, puede verificarse la plantación hácia fin de Febrero.

Muchos botánicos incluyen entre estas especies el sauce plateado.

AUGUSTO PILLAIN.

FILOGENIA DEL APARATO MUSICAL DE LA CIGARRA.

Quando se examina atentamente el aparato musical de las cigarras, se siente uno impresionado por las admirables disposiciones que presentan el timbal y el dilatador, en vista de las vibraciones que estos órganos deben efectuar. El timbal, seco y pergamineo, tiene dos bandas quitinosas destinadas á favorecer, por la elasticidad, su brusco retorno á su posición de equilibrio.

El dilatador, tan delicado y tan tirante sobre su lecho, desafia toda imitación y realiza el ideal de la membrana vibrante.

Pero el órgano designado por Reamur con el nombre de *membrana plegada*, parece á primera vista no ofrecer más que condiciones desfavorables á la vibración, porque esta membrana es floja y lácia. Forma parte, sin embargo, del aparato vocal,

y, si se examina una cigarra mientras canta, se ve que dicha membrana vibra de tal suerte que durante mucho tiempo se la ha tomado por el instrumento del sonido. Aparte de esto, una membrana no puede vibrar así sino á condición de estar atirantada. Creemos ser los primeros en señalar un músculo especial destinado á producir en la membrana plegada la tensión necesaria para su vibración, y al que, por lo tanto, podemos llamar *músculo tensor de la membrana plegada*.

Este músculo tiene su inserción fija en la parte superior y anterior del marco timbalario (hallándose colocada la cigarra verticalmente, con la cabeza en alto). Desde ese punto se prolonga hácia dentro y hácia adelante hasta llegar al ángulo superior externo de la membrana plegada, donde se verifica su inserción móvil. Es un músculo carnoso en toda su extensión y de fibras estriadas. Durante el canto permanece contraído. Es, por consiguiente, un músculo tensor en la más completa acepción de la palabra.

No lo hemos encontrado en las cigarras hembras, en las que, sin embargo, se observa la membrana plegada. Esta es una nueva prueba de la acción del citado músculo; porque en las cigarras mudas la membrana plegada no tiene que desempeñar el papel de cuerpo vibrante y sólo sirve para ligar á la parte anterior el tórax y el abdomen.

Si empleando unas finísimas tijeras se hace la división de los músculos tensores en una cigarra viva, sin ocasionar otras lesiones, se observa una disminución muy leve, pero sensible para un oído experimentado, en la intensidad de su efecto; los demás caracteres no sufren alteración.

En vano hemos buscado un músculo tensor del timbal, aunque reconocemos que este músculo sería inútil y hasta perjudicial. Porque el timbal es convexo, y un músculo tensor le impediría volver á su convexidad natural; es decir, que se opondría á la acción de las bandas quitinosas, cuya utilidad se indica al principio.

Nos inclinamos á creer que Dugès, que habla de este músculo calificándolo de muy pequeño y sin determinar sus inserciones, lo ha equivocado con el músculo tensor de la membrana plegada.

Puede preguntarse, en fin, si los dos timbales vibran sincrónicamente durante el canto. Es fácil calcular que así sucede por la simple audición; pero la vista confirma cumplidamente las previsiones del oído. En efecto, si se examina por el lomo una cigarra hematodia que canta, y á la cual se han cortado las alas, se ve muy bien los dos timbales al descubierto. Además, en los individuos jóvenes el timbal, poco consistente aún, se hace cóncavo en el momento de la contracción de su músculo motor. Entonces se ve perfectamente á los timbales, por cada lado, hacerse al mismo tiempo los dos cóncavos ó los dos convexos, lo cual demuestra su sincronismo.

Resumiendo, en las cigarras se dan los tres casos siguientes:

1.º Existe un músculo especial destinado á producir, durante el canto, la tensión de la membrana plegada que vibra entonces por influencia y refuerza el sonido.

2.º No hay músculo tensor del timbal.

3.º Los dos timbales que producen el sonido, vibran sincrónicamente.

G. CARLET.

VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

CAPÍTULO PRIMERO.

LAS TRISTEZAS DEL CAPITAN KINCARDY.—UN ALDERMAN DE BOSTON Y SU HIJA.—UN ANUNCIO EXCÉNTRICO Y SUS EFECTOS.

Las personas que conocían íntimamente al capitán Kincardy estaban admiradas del cambio que súbitamente había experimentado su humor. Hacía un mes que no se le veía sonreír; y sin embargo, el capitán Kincardy, de la casa Mulchisson Kincardy y Compañía (una de las principales casas de Boston), poseía en alto grado, según aseguraban, esa dosis de alegría filosófica que aleja los pensamientos sombríos de la frente de los mortales. Por su nacimiento, su educación y sus relaciones, pertenecía á la dichosa clase que los americanos llamaban *the cod-fisch aristocracy*, ó sea aristocracia del bacalao, frase prosaica que explica, no obstante, de qué manera se han hecho las fortunas más grandes de la Unión; aristocracia, por otra parte, que vale tanto como otra cualquiera, y á la que desean pertenecer con orgullo todos los yanquis. Lo cierto era que el capitán Kincardy no reía. Frecuentemente se paseaba solo, por los bordes del *Charles-River*, ó por las orillas de la bahía de Massachusetts; y entonces su penetrante mirada recorría el espacio y se fijaba con placer en las azuladas olas impulsadas por la marea. Aquella mirada expresaba tristeza y profundos pesares.

Antes de ser uno de los jefes de la casa Mulchisson Kincardy y Compañía, Roberto Kincardy había navegado largo tiempo.

Cuando llegó á los veinte años, su padre le había dicho:

—Roberto, ¿qué quieres ser? ¿qué quieres hacer?

—Lo que queráis, padre mío.

—Perfectamente, esa es la respuesta de un buen hijo; así, pues, para que no te malees al contacto de nuestra pretendida civilización, voy á fletar un buque é irás á pescar ballenas á los mares Ártico y Antártico. ¿Te parece bien? Y además esta operación será fructífera, al mismo tiempo que te libraré de las tentaciones, á las que difícilmente puede sustraerse la juventud. Montaremos el despacho en Salem, pues allí se encuentran excelentes marinos, y se vende el aceite mejor que en Boston.

—Cumpliré vuestros deseos.

—Espera, espera, aún no he concluido. Partiremos los beneficios, porque indudablemente habrá beneficios. Tienes audacia, salud y juventud; con esas tres cosas se llega á todas partes. Harás una fortuna personal, y cuando muera y mi cuerpo des-

canse en algunos piés de tierra, me remplazarás al lado de Mulchisson, y dividirás con tu hermana Victoria los dollars que yo haya podido ahorrar. Ahora pártete con mi bendición, y buena fortuna.

Y hé aquí cómo Kincardy fué capitán, exploró todos los mares del globo, y llegó á ser uno de los marinos más hábiles y renombrados de la había de Massachusetts. Durante una docena de años hizo una guerra sin tregua á las focas, morsos, ballenas, cachalotes; en una palabra, á todos los cetáceos que pueblan el mar, realizando al par enormes beneficios. Al mismo tiempo aprovechó sus numerosas y lejanas excursiones, para estudiar los fenómenos de la naturaleza y reunir una colección zoológica, botánica y mineralógica, que hubiese sido admitida con orgullo en el Museo mejor provisto. Como el célebre ballenero Scoresbi, cuidó «tanto de los intereses como de la ciencia,» y se enriqueció instruyéndose.

Entre tanto Kincardy, padre, murió, dejando su inmensa fortuna á sus dos hijos, Victoria y Roberto. Este tuvo que abandonar sus pescas y sus correrías aventureras, para reemplazar á su padre en la casa Mulchisson Kincardy y compañía, llegando de esta manera á ser uno de los mayores capitalistas de los Estados-Unidos. Entonces tuvo á su disposición todo cuanto puede ambicionar un ser humano: riqueza, consideración, sólidas amistades, salud de hierro, nada faltaba para su dicha, y sin embargo... no se reía.

El capitán tenía la nostalgia de la mar. En medio del lujo y comodidades que le rodeaban, pensaba frecuentemente en el pasado. A su pesar recordaba con placer su dura existencia de marino, su estrecho camarote, su ennegrecida hamaca, su barco impregnado de aceite, sus marineros, sus luchas contra el furor de las olas, y las violentas emociones que le proporcionaban los peligros de la pesca y los horrores de la tempestad. La mar, como diría un poeta, es una querida inconstante, pero que tiene voluptuosidades que embriagan.

Es una maga que domina á la imaginación y mantiene al espíritu en perpétuo interés. Jamás pueden olvidarse sus infinitos horizontes, sus pájaros de mil formas, sus monótonos cánticos, sus caprichosas nubes, sus formidables mugidos, sus irritantes calmas, y la multitud de seducciones que tanto cautivan á todos los marinos.

Sin embargo, malas lenguas (porque en América, como en todas partes, hay malas lenguas) pretendían que no eran solo esos recuerdos los que contribuían á tener triste y taciturno al capitán Kincardy; añadiendo que la vista de miss Clara-Ana, la hija del alderman Halland, ejercía directa influencia en el ánimo del marino. Josué Halland, *alderman* de Boston, y por consiguiente, un hombre *respectable*,

gozaba fama de excéntrico, no sólo en su país sino fuera de él. Aparte de esto, era servicial, generoso, instruido, y durante las sesiones del *Common-Council*, sus colegas le escuchaban con deferencia y le pedían frecuentemente consejo. Viudo hacía algunos años, había abandonado los negocios para dedicarse tan solo á la educacion de su hija única, miss Clara-Ana. Ésta, acompañada de su padre, había recorrido todos los rincones civilizados del antiguo y nuevo mundo, y había adquirido en estas largas excursiones un valor, un atrevimiento y tan decidida afición por las aventuras extraordinarias, que causaría el espanto de las tímidas jóvenes europeas. Sus autores favoritos eran Fenimore Cooper y el capitán Mayne-Reid.

A pesar de la educacion casi masculina que había recibido, miss Clara-Ana era una preciosa criatura de veintidos años. Rubia y sonrosada, no tenía la rigidez angulosa que caracteriza por lo comun al elemento femenino de la raza anglo-sajona. A las regulares formas de una italiana, reunía la gracia de una española y la amabilidad de una francesa.

Halland estaba orgulloso de tal hija. Su vanidad paternal se exaltaba cuando veía que rodeaba á Clara-Ana lo más escogido de la juventud de Boston, East-Boston, Roxbury, Charleston, Cambridge, Governors-Island, ó sea de los barrios más principales de la capital del Massachussets; pero, ante todo, Josué Halland era un sabio. Le constaba que la fortuna y algunas cualidades personales no bastaban para hacer buenos maridos, y, por tanto, rechazaba sin piedad á los pretendientes que se presentaban.

—Quiero,—decía á su hija,—que tu esposo sea una naturaleza superior, en una palabra, que sea digno de tí. No consiste la dicha de una familia en una figura elegante, unas manos finas y aristocráticas, y un pié bien calzado. El verdadero marido es, á mis ojos, el que trabaja y se instruye, procurando activar los progresos de la humanidad, y que consagra su existencia á algo grande, noble ó útil.

—Esa es tambien mi opinion,—replicaba Clara-Ana,—y podeis estar seguro de que jamás seré esposa de un sér vulgar, aunque sea más rico que Creso y más hermoso que el mismo Apolo.

—¿Kincardy había pedido la mano de Clara-Ana? Nadie podía asegurarlo; pero se notaba que estaba más sombrío y taciturno cuando salía de casa de Josué Halland. Ciertamente era un partido de los más convenientes y ricos de Boston; pero ¿acaso era él el único hombre instruido y que hubiese afrontado los peligros de la mar?

Para alderman, las expediciones lejanas y sus inseparables peligros no formaban más que un capital *moral* de relativa importancia.

—¿Qué son,—repetía frecuentemente,—el valor y

la temeridad? Un asunto de vanidad y de amor propio. Newton, Wat, Stephenson, Fulton, Morse, Maury, Franklin, no han sido rayos de la guerra, y, sin embargo, por su perseverancia y por sus estudios han dotado á la humanidad de descubrimientos admirables, y han contribuido á la dicha de sus semejantes mucho mejor que todos los conquistadores y balleneros de la tierra.

—¿Qué podía contestar á esto el desgraciado Kincardy? Hubiera podido citar á Cristóbal Colon, Vasco de Gama, Cook, Bougainville, Laperouse, Parry, Kane y tantos otros exploradores que han merecido bien de la ciencia, pero temía tropezar con las arraigadas ideas de Halland, y que le dijese:

—Y bien, querido, ¿por qué no habeis precedido á esos célebres navegantes? ¿Qué mérito adquiris siguiendo sus huellas? Os han abierto el camino y revelado todos los secretos del Océano. Sus expediciones han penetrado en lo desconocido, mientras que las vuestras son casi una excursion de placer.

Y tal vez el honorable excéntrico tuviese razon. ¿Pero dónde se hallaría el sér superior destinado á convertirse en dichoso esposo de Clara-Ana? Nuestra época es tan positiva y prosaica, ve surgir tantas celebridades efímeras, produce tantos párasitos, crisálidas orgullosas que jamás llegarán á mariposas, que los amigos de Josué Halland murmuraban de sus pretensiones, y declaraban en alta voz que Miss Clara-Ana se quedaría para vestir imágenes.

El alderman tuvo una inspiración.

El 15 de Setiembre de 1872, todos los periódicos de Boston publicaron con caracteres gruesos y en la columna reservada á *city item* (1) el siguiente

ANUNCIO.

Casamiento.—Josué Halland, alderman de Boston, previene á los jóvenes que le honran pidiéndole la mano de miss Clara-Ana Halland, que no insistan en sus pretensiones. Al cerrarles la puerta, les deja la esperanza.

Josué Halland aceptará por yerno al hombre que, segun sus gustos, medios ó aptitudes, adquiera un señalado nombre en la ciencia, en las artes, ó que dote á la humanidad de un descubrimiento ó invencion que forme época en los anales del mundo.

El concurso, que queda abierto desde hoy, terminará dentro de tres años, ó sea el 15 de Setiembre de 1875, siendo mi querida hija el premio del vencedor.

El dote se eleva á la respetable suma de 1.000.000 de dollars.

¡A la obra! Mi hija será del que más valga.

(1) Hechos diversos.

—¡Viva la union! ¡Viva el progreso!

Firmado: JOSUÉ HALLAND, *alderman.*

Visto y aprobado el anuncio firmado por mi querido padre.

Firmado: MISS CLARA-ANA HALLAND.

Difícil es comprender el efecto que produjo tan extraño anuncio. Jamás la originalidad americana había llegado á semejante grado de excentricidad. Casi todos los periódicos de los Estados-Unidos, los de Filadelfia, New-York, Baltimore, Charleston, San Luis y Chicago, reprodujeron el anuncio del ilustre *alderman*, acompañado de picantes observaciones. Un periódico ilustrado pintó al *alderman* Halland vestido de D. Quijote y recorriendo la tierra en busca de un yerno aceptable; pero el cariñoso padre dejó decir y dejó hacer; persistió en su idea, considerándola excelente y esperando serviría para la dicha de su hija, y que sería útil á sus semejantes. También es cierto que le produjo bastantes disgustos, porque algunos cerebros, alentados por la dote, se pusieron en ebullicion y produjeron sendas obras maestras, é imaginaron las invenciones más burlescas y absurdas.

Movimiento continuo, direccion aerostática, panacea universal, fabricacion artificial del oro y otras mil extravagancias fueron sometidas á la aprobacion del honorable *alderman*. Despues tocó la vez á las burlas, á las mistificaciones, cartas anónimas, memorias insultantes, etc., etc., y en medio de todo esto se deslizaban dramas en cuarenta y tres cuadros, y tragedias en cinco actos.

Pero Halland era terco y se mantenía firme.

—No cedo,—decía;—los tontos, los pillos y los autores trágicos se cansarán ántes que yo.

Por fin, el rumor esparcido por el anuncio matrimonial inserto en los periódicos de Boston, fué disminuyendo poco á poco; pero la misma Clara-Ana estaba segura de que en el plazo fijado surgiría un genio desconocido, un talento audaz, llamado á realizar grandes cosas, y, entre ellas, á tenerla por esposa.

CAPITULO II.

MAXIMO MONTGERON.—ANTONIO PICOU.—IDEAS MATRIMONIALES DE PICOU.—UNA DECEPCION.—MISS VICTORIA KINCARDY.

Al capitán Kincardy no le sorprendió la resolucion tomada por Halland y su bella hija Clara-Ana; sin embargo, no pudo disimular su despecho. Sus paseos á la orilla del mar fueron más frecuentes, y casi cortó las relaciones con todas las personas que conocía. Solo veía á su hermana Victoria y á un joven francés llamado Máximo Montgeron, al que

apreciaba por sus varoniles cualidades y valor caballeresco.

Máximo Montgeron era hijo de un rico armador del Havre. Para que terminase su educacion, su padre le hacía recorrer diversos países. El armador, conociendo todo lo que vale una sólida instruccion, creía, con razon, que los viajes forman el espíritu y la inteligencia, y no quería que su hijo se pareciese á esos jóvenes vulgares que, al salir del colegio, se duermen sobre sus títulos, y olvidan el estudio, creyendo firmemente que no tienen ya nada que aprender.

Máximo Montgeron no viajaba solo. La voluntad paternal le había impuesto por compañero, ó, mejor dicho, por guía y mentor, un antiguo criado de la casa llamado Antonio Picou. Este buen hombre seguramente no había inventado la pólvora; sus largos cabellos castaños, su boca grande, su nariz respingada, sus abiertos ojos, sus vacilaciones y su timidez exagerada, le daban un aire especial y parecía uno de esos tipos de criados bobos y simples que los autores nos hacen ver en comedias y novelas. En cuanto á su parte moral, valía muchísimo más que la física. Antonio Picou estaba enteramente dedicado á su señor, y le servía con una solicitud notable. Nadie hubiera podido poner en duda jamás su honradez y probidad. En cuanto á su miedo y deseo de evitar el peligro, lo cubría con el velo de la prudencia. Pretendía que el pellejo de un criado vivo, vale cien millones de veces más que el de un héroe muerto ó enterrado. Sancho Panza no hubiera raciocinado mejor.

Despues de una larga excursion por el *Dominion of Canada*, Máximo Montgeron, provisto de cartas-órdenes sobre la casa Mulchisson Kincardy y compañía, se detuvo en Boston con objeto de descansar y nivelar algun tanto su desequilibrado presupuesto. Hablando de dinero y de intereses, Kincardy y Montgeron comenzaron á estimarse. Sus aficiones comunes á los viajes y aventuras peligrosas crearon una simpatía reciproca, y bien pronto los dos jóvenes fueron excelentes amigos. Antonio Picou, que conocía el carácter nómada de su señor, estaba admirado de tan larga permanencia en Boston y creyó adivinar que los encantos de miss Victoria Kincardy no eran extraños á aquel acontecimiento, porque una parada de cinco meses, en una ciudad, tomaba, á los ojos de Picou, las proporciones de un verdadero acontecimiento.

En efecto, como Telémaco sucumbió á los encantos de su bella ninfa; Máximo Montgeron no podía decidirse á abandonar la ciudad habitada por Victoria Kincardy. Amaba á la hermana del capitán, y ésta no se mostraba esquiva á los galanteos del francés.

Diez años más joven que su hermano, miss Vic-

toría era una morena encantadora. En su rostro, en su mirada, tenía marcados una resolución y un valor á toda prueba, cualidades que parecían ser distintivas de la familia Kincardy. Aparte de esto, reunía todas las gracias y seducciones de las mujeres hermosas. Admiraba á su hermano y le quería con toda su alma. Más de una vez había procurado combatir la tristeza y amargos pensamientos del capitán, y estaba muy contenta de los esfuerzos empleados por Máximo con el mismo objeto. Esto explicaba muchas cosas, pero sobre todo, aquellos misteriosos sentimientos del corazón que la perspicacia de Antonio Picou había creído adivinar.

Después de todo, el buen Antonio estaba satisfecho del aspecto que presentaban los acontecimientos. Se hallaba cansado de correr el mundo; aspiraba á un reposo bien merecido por sus largos y leales servicios, y pensaba que un matrimonio era la única manera de poner fin á las eternas peregrinaciones de su joven amo.

—Señor,—le dijo un día,—ya teneis veintisiete años.

—Sí, mi buen Antonio,—replicó Máximo.

—Pues bien, señor, ya es tiempo que penseis seriamente en el porvenir. Estais en edad de casaros.

—¡Diablo! tú tienes cuarenta y aún no lo has hecho.

—¡Oh, señor! en cuanto á mí, es cosa muy diferente.

—¿Por qué? Casado ó soltero, no hubieras salido jamás de casa, pues mi padre sabe apreciar tu adhesión, celo y buenos servicios.

—Ciertamente, creo que vuestro señor padre no me hubiese despedido; pero ¿creeis que la señora Picou hubiese permitido que me expatriase, que estuviese siempre ausente, en una palabra, que su marido viajase en vuestra compañía durante años enteros?

—Tienes razón.

—Vos, señor, no podeis estar toda la vida solo.

—¿Desearías de veras verme casado, Antonio?

—Lo deseo por vuestra tranquilidad y vuestra dicha.

—Pues bien, búscame una mujer que me con venga.

—El señor quiere burlarse de mí; el señor no necesita de mi ayuda, y ya ha encontrado...

—Y ¿quién es ella, Sr. Picou?

—Miss Victoria Kincardy.

—¿Estás seguro?

—¡Oh! sí, señor; visitais al capitán mucho más frecuentemente de lo razonable, y cuando estais al lado de miss Victoria, vuestros ojos resplandecen de alegría.

—¿No es verdad, Antonio, que es lindísima?

—Señor, es más que linda, es admirable, y ade-

más tiene bellísimas cualidades. No encontrareis nada mejor: miss Victoria es graciosa, amable, espiritual, cariñosa, franca...

Máximo Montgeron interrumpió al criado, dispuesto, en su entusiasmo, á agotar todo el catálogo de elogios superlativos.

—Pues bien,—replicó,—te daré gusto, Antonio.

—Espero que mi padre me concederá su permiso para pedir la mano de miss Victoria. Ya le he escrito, y su respuesta debe llegar por el primer correo. Así que me case, volveremos á Francia y viviremos en el campo, lejos del ruido mundanal. Tú serás nuestro mayordomo, mejor aún, nuestro amigo, y así podrás descansar cuanto gustes.

Durante algunos días Antonio Picou acarició las más risueñas ideas y saboreó de antemano el *far niente* que le esperaba en sus honrosas funciones de mayordomo.

Por fin, la respuesta del padre de Montgeron llegó, y era completamente favorable. Máximo fué á casa de Victoria y la enseñó la carta paternal.

—Aunque soy independiente,—dijo la joven,—y libre de obrar á mi antojo, conservo desde la muerte de mi padre la costumbre de considerar á mi hermano como jefe de la familia, y por lo tanto me someteré siempre á su voluntad. Vedle, pues; sed elocuente, obtened su consentimiento, y entonces podré ser la señora de Montgeron.

Máximo pasó á las habitaciones del capitán y le encontró paseándose por un largo salón, pareciendo más preocupado que de ordinario, mientras que, según costumbre americana, tallaba una varita con un cortaplumas, consagrando toda su atención á tan insignificante trabajo.

—Capitán,—dijo Máximo,—os saludó y...

—¡Ah, sois vos Montgeron! Sentaos; soy al momento con vos.

—Capitán, es que...

—¿Teneis prisa? Pues bien, hablad.

—Con consentimiento de miss Victoria, á quien amo perdidamente, vengo á solicitar...

Kincardy no levantó siquiera la cabeza, y no cesó de labrar su pedazo de madera; pero con voz lenta y grave interrumpió á Máximo, diciéndole:

—¡Ah, amais á mi hermana! Muy bien, continuad.

—Sí, la amo, y vengo respetuosamente á pedir su mano. En nombre de la amistad que nos une, espero, capitán, que secundareis mis deseos.

Máximo Montgeron esperaba con ansiedad una respuesta, pero el capitán parecía que no había oído ni entendido nada, pues continuaba su trabajo con febril actividad, hasta que por fin tiró al suelo la varita y el cortaplumas, y puesto de pie con los brazos echados atrás, exclamó con voz de trueno:

—Y yo, por lo que hay de más sagrado en el

mundo, os juro que Clara-Ana Halland será mi esposa.

Al pronto Máximo creyó que el capitán estaba loco.

—Capitán,—se atrevió á decir,—no se trata de miss Clara-Ana, sino de vuestra hermana miss Victoria...

—¡Ah, si supierais lo que he discurrido!—prosiguió Kincardy con animación:—No, no podeis imaginarlo. Jamás sabio alguno ha podido soñar lo que yo voy á poner en práctica. El mismo Josué Halland quedará admirado.

—Deseo que vuestra empresa tenga completo éxito, capitán; pero...

—Lo tendrá y adquiriré una gloria inmortal que reflejará sobre miss Clara-Ana y sobre vos mismo, Máximo, porque vais á venir conmigo, y á ayudarme en mi proyecto.

—No deseo otra cosa; pero pensad que miss Victoria y yo esperamos impacientes una respuesta.

Kincardy se pasó la mano por la frente muchas veces y pareció despertar de un sueño y volver á la vida real.

—Perdonadme,—dijo á Máximo,—estos momentos de exaltación. Estaba dominado completamente por un pensamiento extraño, atrevido, gigantesco, que me permitirá merecer á miss Halland.

—Capitán, os he prometido mi auxilio, y si puedo servirlos de algo, contad conmigo.

—Cuento desde luego, señor Montgeron, y hé ahí la razón por qué rehusó concederos la mano de mi hermana.

Máximo iba á interpretar tan extraña manera de expresar el reconocimiento, pero Kincardy no le dió tiempo.

—¡Victoria, Victoria!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Miss Kincardy apareció en el acto. Su hermano corrió á ella, la cogió las manos y se las estrechó cariñosamente.

—Querida hermana,—la dijo,—ya sabes cuánto te amo y lo que deseo verte dichosa. Por complacerme, ¿consentirás en retardar tu matrimonio con Montgeron?

—Haré cuanto tú quieras.

—Me prometes no casarte ántes del 15 de Setiembre de 1875.

—Te lo prometo; pero Montgeron ¿querrá esperar?

—Si te ama, esperará.

—Capitán,—interrumpió Máximo,—tened la bondad de explicarnos lo que significan vuestras enigmáticas palabras; decidnos por qué nos imponeis ese plazo de tres años.

—Porque vos sois una naturaleza enérgica, y necesidad de un hombre como vos para triunfar en mis

proyectos; porque vamos á ausentarnos durante esos tres años.

—Pero me direis...

—Nada todavía.

—Miss Victoria,—añadió Máximo picado de la poca confianza que le demostraba el capitán,—ignoro qué clase de proyecto preocupa á vuestro hermano; pero yo afirmo que obedece á un sentimiento de egoísmo del que, debo ser franco, le creía incapaz. Ha jurado que miss Clara-Ana Halland será su esposa, y porque teme un mal resultado, está celoso y retarda nuestra dicha. ¿Creeis acaso que os negaría mi apoyo despues de haberme casado?—dijo dirigiéndose al capitán.

—¿Y cómo podriais ser dichoso,—dijo Kincardy,—si os arrancaba de la paz y de las alegrías íntimas del hogar al dia siguiente de vuestra boda?

—Roberto, ¿qué intentas hacer para merecer la mano de miss Halland?

—Es mi secreto.

—Sin duda tendrás peligros que conjurar, obstáculos que vencer: pues bien, permíteme acompañarte y seguir tu suerte. Estoy segura que Montgeron vencerá sus escrúpulos y nos acompañará.

—Miss Victoria,—replicó Máximo,—sois heroica, sois sublime. No quiero que os expongais: os quedareis, y me esperareis hasta el 15 de Setiembre de 1875. Yo acompañaré al capitán y le ayudaré con todas mis fuerzas y cariño.

—No, yo tambien quiero ayudar á mi hermano hasta donde me sea posible. Quiero estar constantemente al lado de aquellos á quienes amo.

—¡Ah, eres digna de los Kincardy!

Y el capitán cogió entre sus manos la frente de la jóven, y estampó en ella dos sonoros besos.

—Vendrás con nosotros,—querida mia,—vendrás con nosotros. Montgeron no te rechazará; es demasiado frances y demasiado galante para que la presencia de una mujer le incomode.

—Me habeis atacado por mi lado sensible,—dijo Máximo sonriendo,—y así penseis ir á la luna ó á los abismos del infierno, os seguiré; aunque emprendais las cosas más temerarias os acompañaré, y desde ahora os digo que triunfaremos.

—Si, triunfaremos. Miss Clara-Ana no será la única recompensa de nuestros esfuerzos, pues os aseguro que la humanidad estará orgullosa de nosotros y añadiremos una página gloriosa en los fastos de la ciencia.

—Pues bien, manos á la obra,—exclamaron Victoria y Máximo.

A. BROWN.

(Continuará.)